CARLOMAGNO

LOS GRANDES HOMBRES

W-2685

MUSEO PEDAGÓGICO NACIONAL - SOKIN DE NIÑOS - BIBLIOTECA

CARLOMAGNO

OBISPADO DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT

El Censor,

NARCISO SALAZAR, O. P.

Barcelona 28 de abril de 1926

IMPRÍMASE

† JOSÉ, Obispo de Barcelona

Por mandato de Su Excia., Ilma.
el Obispo mi Señor

Dr. FRANCISCO M.ª ORTEGA
DE LA LORENA
Canciller Secretario

B. 3'60 pts.

LOS GRANDES HECHOS DE
LOS GRANDES HOMBRES

CARLOMAGNO

SU VIDA Y EMPRESAS GLORIOSAS

POR

JOSÉ BAEZA

A
T

Con ilustraciones de

ARTURO DE LA PORTILLA

SEGUNDA EDICIÓN

MUSEO PEDAGOGICO NACIONAL - BIBLIOTECA DE NIÑOS

PUBLICADO POR LA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 - BARCELONA

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

MUSEO PEDAGÓGICO NACIONAL - BIBLIOTECA DE NIÑOS

ÍNDICE

	Págs.
Prólogo	VII
Complot	9
Bipino el cínico. - La dama misteriosa. - El ardid del Juan	52
Los hijos del rey.	64
Carlomagno viene a España.	75
Traición sarracena. - La tragedia de Roncesvalles	84
Dolor de Carlomagno. - Reaparece Gisla - El poeta loco	103
Los hombres fieras.	131
Ultimas guerras y últimos días del Emperador.	147

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

Carlomagno llora su derrota en Roncesvalles. *Frontis*

	Págs.
—Con una sola gota de ese líquido...	17
—¿Qué hiciste desdichado?	28
...corrió hacia ella y la rodeó...	49
—No temas, mujer desdichada...	58
—Soltadme viejos gazmoños—...	61
...llevóse la trompeta de marfil a los labios.	81
...¿Qué llevas sobre tus hombros?...	101
—Señor: ¿qué te sucede?	107

MUSEO PEDAGÓGICO NACIONAL - BIBLIOTECA DE NIÑOS

PRÓLOGO

La figura de Carlomagno es una de las más sobresalientes de la Historia. La inquietud de su espíritu emprendedor fué causa de que, apenas muerto su padre, del que heredó el dominio de medio reino pues la otra mitad fué legada a su hermano, quien murió dos años después, emprendiera la conquista de Aquitania. Tras esta primera victoria, obtuvo otras que fueron dilatando su imperio hasta abrazar casi toda la Europa Central.

Nada se sabe de su infancia ni de su adolescencia. No todos los autores están de acuerdo respecto a la fecha de su natalicio, pero es la opinión más autorizada que éste aconteció en el año 742.

Muchas son las leyendas que se le atribuyen y muy famosos sus doce pares, *entre los cuales figura el inmortal Rolando.*

Nosotros, al escribir esta obrita para vosotros, queridos niños, no hemos hecho sino

mezclar la leyenda con la historia, procurando elegir de una y otra lo más interesante y substancioso.

Ahora, concluido el libro, nuestro solo afán es el de que os satisfaga, entretenga e ilustre.

J. B.

MUSEO NACIONAL - BIBLIOTECA DE HIMOS

I

COMPLOT

¿Quién eres tú?

—Una dama que busca a Bipino, el hijo del caballero Leandro.

—¿El hijo del caballero que mató a cien lombardos mientras su vida se escapaba por tres heridas?

—Al hijo de ese héroe, sí; a Bipino.

Era noche cerrada. La sombra y el silencio habían caído sobre Aquisgrán y el palacio del monarca dormía en su lecho de tinieblas.

Había estrellas en el cielo. Fría era la noche. Algún pájaro de mal agüero—negro buho o lechuza de ojos relampagueantes—había pasado sobre la sombría mole del Palacio Real, graznando y batiendo sus alas ruidosamente.

Por un camino obscuro había llegado una dama vestida con negra túnica y tupidos velos.

Ante la enorme puerta del Palacio, habíase detenido sobresaltada por la voz del centinela:

—¡Quién vive!

—Una dama.

—¿Extranjera?

—Extranjera, sí, pero ya hermana de los francos. Soy Gisla, de la familia del rey de los lombardos, a los cuales tu señor ha vencido en reciente guerra.

—¿Y qué empresa te trae al lado de Bipino?

—¡Oh, amigo mío!, ¿qué empresa puede ser? Soy joven; Bipino está en la flor de la vida. Mis asuntos no son asuntos políticos, sino del corazón. Amo y soy amada. Mi padre se opone a estos amores y yo me he propuesto vencer tal resistencia.

—Un soldado de Carlomagno no faltará nunca a su deber por una cuestión sentimental. Si amas ve a contar tus amores a los árboles de la selva, a la corriente de los arroyos, a los pájaros del cielo...

—¡ Por favor ! Tu rey, fiel centinela, Carlomagno el noble, el excelso, sería el primero en proteger a esta pobre desdichada que muere de frío y de amor.

El centinela permaneció impasible.

—Vengo de lejanas tierras—prosiguió la dama—, y durante el largo viaje sólo he dado a mi cuerpo el alimento de unas pobres hierbas y el menguado descanso de un corto sueño en la cabaña de algún pastor. Por Dios, centinela amigo.

Y el soldado continuaba inmóvil.

—Hijo de Cristo—dijo entonces la dama—. ¿Acaso no amaste nunca?

—Amé y amo. Tengo esposa e hijos. Una esposa bella y dulce, unos hijos rubios y alegres como el oro y como el sol.

—Y dime, soldado fiel: si te separaran de esa esposa, si te arrebataran esos hijos...

—Los más sólidos muros derribaría para llegar a ella, hasta la última gota de sangre derramaría para recobrar los retoños de mi carne y de mi alma.

—Pues eso mismo haré yo. Hiéreme con tu espada si quieres, arranca a mi cuerpo el

último hálito de vida, pues hacia donde está el dueño de mi alma voy.

Y avanzó decidida, sin que el centinela osara interponerse en su camino. El recuerdo de su esposa le contuvo, el tono desesperado de la enlutada dama había llegado a su corazón al fin.

La dama internóse por las obscuras y solitarias estancias regias. Sus pasos resonaban en los amplios recintos. Con tal seguridad caminaba, que nadie hubiera dudado de que ya otras veces había recorrido las habitaciones de Palacio. Dirigióse a las que ocupaba la oficialidad de guardia y a su puerta llamó con discretos golpecitos.

Abrió un soldado con ojos de sueño, en quien Gisla reconoció al servidor fiel de Bipino.

—¿Tu amo?

—Pasa, señora mía. El sueño le venció y hace un instante que reposa en su lecho. Pasa y espera. Le avisaré en el acto.

En efecto, pronto, de una habitación contigua, salió un joven vestido con rica túnica y cuyo continente era más de caballero galante que de paladín del Rey.

No saludó a la dama con cortesía y calor de enamorado, sino que se limitó a preguntarle:

—¿Qué novedades hay, Gisla?

La dama miró en torno suyo como temerosa de que alguien les oyera.

—Habla sin temor—díjole entonces Bipino—. Sólo mi criado y yo podemos oirte, pues nadie más hay en esta cámara.

—Pero, ¿tu criado...?

—Es siempre fiel a su señor. Además, mis músculos y mi espada están siempre prestos a ahogar el primer gesto de rebeldía. Habla.

Despojóse la dama de sus velos y dejóse caer en un escabel que había junto a una mesa.

—Déjame descansar, Bipino—dijo dando suelta, al fin, a su fatiga y a sus inquietudes—. ¡Señor, qué noche! ¡Cuánta desventura!... ¡Bipino! ¡Perdón! ¡No fué mía la culpa!

—¿La culpa?—y el joven clavó en la afligida dama su mirada de fiera—. ¿La culpa? Vamos, habla pronto. ¿Qué nueva torpeza has cometido?

Y, asiéndola por un brazo, la zarandeó brutalmente.

La dama lanzó un gemido de dolor y prorrumpió en amargos sollozos.

—¡ Perdón, Bipino, perdón !

—¡ ¡ Habla ! !—rugió el joven oficial, golpeándola de nuevo.

La dama, entonces, con el rostro oculto entre las manos y acodada al velador junto al cual se hallaba, fué diciendo con tanta claridad como le permitió el llanto.

—La asamblea de los insurrectos reunióse ayer tarde para debatir, según tus órdenes, acerca del procedimiento que debe emplearse para dar muerte al Rey. Se convino que el veneno era lo más eficaz y consideramos que nadie mejor que tú podía echarlo en los licores que se sacaran al banquete con que mañana ha dispuesto Carlomagno celebrar su conquista de Italia. Fuí yo destinada a trasmitirte este acuerdo y hacia aquí me dirigí cuando la tarde comenzaba a caer. Conmigo llevaba el veneno y una carta : el veneno en el borde de mi túnica y la carta en el interior de un brazalete que el presidente de la Cámara había mandado construir

ex profeso. Al principio no surgió en mi camino obstáculo alguno. Me parecía fácil la realización de la empresa y caminaba animosamente a través de las tierras francas que la noche comenzaba a ensombrecer. Mas cuando llevaba dos horas andando me pareció ver que algo se movía tras unas malezas que se alzaban ante mí. Me detuve. ¿Quién a aquella hora podía haber en la desierta campiña de Francia, negra bajo el cielo sin luna? Comprobé que en muchas leguas a la redonda no había una sola vivienda. ¿Se trataría de algún animal peligroso, de alguna fiera hambrienta? ¿Obedecería todo a un error de mis sentidos? Dirigíme hacia las malezas, resuelta a salir de dudas, y no había llegado a ellas aún, cuando algo que no sé ciertamente si fué un hombre o un monstruo, saltando con la elasticidad de un tigre, cayó sobre mí. Ignoro cuánto tiempo después, abrí los ojos y vime tendida en el suelo, con la mano ensangrentada y despojada de todas mis joyas. La pulsera que contenía la carta había desaparecido también y con tal violencia fué arrancada de mi brazo, que el cierre desgarró mi car-

ne, produciéndome esta herida. De nuevo he emprendido la marcha y aquí me tienes con la esperanza de que obtendré tu perdón y un poco de agua con que lavar mi herida.

El dolor empañaba de lágrimas sus ojos, pero Bipino no atendió sino a lo que a su persona afectaba.

—Y esa carta decía...

—Se te comunicaba en ella el acuerdo tomado por la asamblea y se te juraba una vez más fidelidad absoluta.

Bipino puso el grito en el cielo.

—¿Y esperas obtener mi perdón? ¿Tú sabes, desventurada, a qué desdichas puede conducirme tu torpeza? El que se ha apoderado de esa carta puede ser un súbdito fiel de Carlomagno. Nos delatará. Tanto a mí como a todos los miembros de la asamblea de conspiradores, se nos condenará a la última pena... ¡Ah, pero no será sin que antes te dé yo muerte a ti! ¡Víbora! ¡Monstruo de las sombras! ¡Engendro de Satán!

Y se abalanzó sobre Gisla, dispuesto a golpearla.

Esta deslizóse al suelo, y arrodillada, en-

—Con una sola gota de ese líquido...

cogida, temblorosa, rogó, poniendo en sus palabras toda su alma arrepentida:

—¡Perdón, perdón, dueño mío!... No nos delatarán. El que se apoderó de mi brazalete no lo hizo por la carta sino por el valor de la joya. Será un bandido vulgar, sin otra sed y otra preocupación que la del oro. Si ve la carta, la romperá y la arrojará, desdeñosamente, al suelo, allí, en aquellos parajes inhóspitos que ningún franco ha de pisar y donde el viento dispersará los fragmentos... ¡Perdón, perdón, dueño mío!

Más que la amargura de Gisla, las razones que ésta le diera parecieron convencer a Bipino.

—Bien, ¿y el veneno?

—Aquí está—repuso la dama desgarrando el borde de su vestido.

Bipino tomó de manos de Gisla el diminuto frasco.

—¿Habrá suficiente con esto?

—Con una sola gota de ese líquido puede envenenarse a toda la familia real.

—¿Todo lo demás está preparado?

—Todo. Bastará una voz, un gesto tuyo, para que diez mil lombardos caigan sobre

Aquisgrán y destruyan y arrasen hasta que sobre las ruinas no quede sino el trono que has de ocupar tú.

—Bien, pues para mañana a las diez que esté todo preparado. Apenas el Rey ingiera la primera gota del terrible veneno, un mensajero partirá de Aquisgrán en mi caballo *Ligero,* el cual, de tal modo hace honor a su nombre, que dijérase que no corre sino que vuela, que no hiere la tierra con sus cascos, sino que corta el viento con su pecho poderoso. Este mensajero no pronunciará sino estas dos palabras: «Bipino rey». Cuando los insurrectos lleguen a Aquisgrán, Carlomagno dormirá ya el sueño eterno. La ocasión será excelente. El pueblo, distraído con la descomunal desgracia, no tendrá tiempo de oponer resistencia a las armas de los nuestros. Así, horas después, esta regia residencia habráse convertido en gigantesco sepulcro. Ni un sólo palaciego quedará con vida. Correrá la sangre; poblará el espacio el fragor metálico de las armas, y bajo el obscuro cielo no permanecerá intacto sino el trono soberbio sobre el que he de sentarme yo.

Se detuvo. Llameaban sus ojos.

—¿Me oyes, Gisla? A las diez.

—Dame un poco de agua con que lavar mi herida.

—Corre, ve donde se halla el jefe de los insurrectos y transmítele mis órdenes.

—No resistiré el dolor un minuto más. Me siento morir.

—Ponle también al corriente del robo de la pulsera. Tiene a su servicio gente hábil, y es posible que antes de que el sol del nuevo día vuelva a ponerse, la haya recobrado.

—¡Piedad, Bipino! ¡Agua, un poco de agua!

—Ve, ve a reparar tus faltas. Cumple al pie de la letra mis instrucciones. Que no amanezca sin que el jefe de los insurrectos tenga mi contestación.

Y como Gisla volviera a iniciar un lamento, Bipino la asió de un brazo y la llevó hasta la puerta de la habitación.

—¡Ve!

Y la arrojó al obscuro pasillo como quien arroja un guiñapo.

Gisla vaciló y cayó. Se levantó de nuevo

y aventuróse a través de las estancias obscuras.

Gisla hubiera podido vengarse de la crueldad de Bipino, denunciando sus proyectos al Rey.

Pero Gisla amaba locamente al joven oficial del ejército franco.

* * *

Bipino no duerme. Próxima ya la aurora, prefirió dedicarse a dar los últimos toques a sus criminales proyectos, y desde que Gisla le ha dejado solo, pasea por la espaciosa estancia con semblante hosco y fiero continente.

Gisla, entre tanto, cruza trabajosamente las yermas llanuras de Francia. Su mano sangra y en la tierra va quedando una estela de rubíes. ¿Llegará a la ciudad donde los insurrectos—francos infieles y lombardos vengativos—aguardan ansiosamente la hora de levantarse contra el gran Carlos?

La ciudad que da abrigo a los revolucionarios no está tan lejos de Aquisgrán que no pueda llegarse a ella en unas horas. Pero

Gisla está herida, la debilita cada vez más la pérdida de sangre y ha de hacer constantes altos para reparar sus castigadas fuerzas.

¿Llegará Gisla a la ciudad de los insurrectos?

En Oriente adquiere el cielo un ligero tinte rosado. Las sombras se dispersan en las vastas llanuras desoladas. Cruza un ave y su vuelo es rápido y alegre.

Gisla avanza. ¿Llegará? El cielo de Oriente trueca sus matices rosados por vivas púrpuras. Dos pasos más de la dama mensajera y un rayo de sol cruza el espacio como una descomunal espada.

Es de día. Luz en todo el espacio. Sol en los caminos. Sólo en los ojos y en el alma de Gisla hay una bruma densa y cegadora.

Pero la dama avanza. Una hora más, y ya columbra la rústica atalaya de la residencia de sus amigos. No tarda en llegar a la ciudad y transmitir las órdenes al cabecilla de los conspiradores. Pero es tal el esfuerzo realizado, que, pronunciada la última palabra, se desvanece.

* * *

Cae la tarde. Se aproxima la hora de la fiesta. El cocinero mayor da órdenes a multitud de pinches. A espuertas se entran las flores en palacio. La comida será suculenta y la mesa estará preparada con esplendor.

Bipino recibe la visita de un mensajero.

—Señor—le dice—, el jefe supremo de los revolucionarios me envía a ti con esta pulsera, copia exacta de la que esta noche pasada robaron a Gisla. El ha dado ya las órdenes oportunas para recobrarla, pero dice que quien mejor puede hacerlo eres tú. La pulsera se halla en palacio: he aquí lo que asegura mi señor.

—¿En qué se funda?—inquirió Bipino con su acostumbrada brusquedad.

—Lo ignoro, señor, pero así lo afirma.

—¡Vete!

Salió el mensajero. Quedó Bipino con la joya en la mano. ¿Se hallaría realmente en palacio la pulsera robada? Si era así, Carlomagno tendría ya noticias del levantamiento por la carta que la alhaja contenía y no habría que esperar otra cosa que el fracaso y la muerte. Sin embargo, la cena iba a celebrarse. Los licores se alineaban en los

anaqueles de las despensas. Descubierta o no la insurrección, Carlomagno apuraría los exquisitos vinos.

Bipino, como obedeciendo a una súbita resolución, llamó a su criado Basilio.

—Fiel servidor y camarada, tú que estás destinado a ser uno de los más poderosos caballeros de mi corte cuando el trono de Francia me pertenezca, cumple la difícil misión que te encomiendo. Este diminuto frasco contiene el más terrible veneno que existe. Una sola gota de este líquido incoloro bastaría para causar la muerte de todo un ejército. Según tengo entendido, el cocinero mayor necesita para esta noche gente que le ayude. Ve en mi nombre a ofrecerte y no te será difícil mezclar este veneno a los vinos que se han de consumir durante la cena.

—¿En todos los frascos?

—En todos. ¿Cómo, si no, íbamos a tener la seguridad de que el Rey ingeriría el veneno?

—Son cien los comensales.

—Pues que mueran los cien.

Basilio miraba aterrado a su señor.

—¿Por qué tiemblas, imbécil? Esta tra-

gedia, ¿no ha de constituir el principio de nuestra felicidad? Mañana mismo serás Juez supremo de la corte.

Estas razones convencieron a Basilio, el cual salió de la estancia provisto del frasco de veneno.

* * *

Llega al fin la hora de la cena. La mesa está preparada como corresponde al gran conquistador Carlomagno, dueño de casi toda la Europa central. Conquistó primero Aquitania, Italia después, y ahora se halla en guerra con otros países.

Este caudillo sin par tiene una corte nobilísima y un ejército invencible. En él figuran los doce héroes llamados Pares de Francia y entre ellos se hallan Rolando y Oliveros (1), el primero sobrino suyo, cuyo brazo nadie logró abatir y cuya espada ha partido a millares los corazones infieles.

El comedor se halla profusamente alumbrado. Flores, plata, fino cristal. Magníficas

---

(1) Véase *Colección Araluce*, Caballeros de la tabla redonda y Canción de Rolando.

arañas penden del techo. Muebles de la época, de la más rica madera y el oro más puro, contribuyen a dar al amplio recinto un aspecto de suntuosidad casi imponente. Todo está dispuesto. Es la hora en que los invitados deben llegar para ocupar sus puestos.

El primero que aparece es el Mariscal de las tropas francas. Le sigue el Bibliotecario superior, y tras ellos llega una multitud de damas y caballeros, entre los que no faltan el Canciller, el Vicario general y el Juez supremo de la corte.

Todos van vestidos con ricos trajes de los que se destaca, principalmente, la seda y la púrpura, los caballeros con luengas capas y las damas con holgadas túnicas.

Aparece al fin Carlomagno, acompañado de su esposa Hildegarda, bella y rubia como un sueño.

Carlomagno, el poderoso caudillo, el monarca más célebre y emprendedor de su época, el que de día en día ensanchaba su reino y creyérase que iba a llegar a ser dueño del Mundo, poseía una luenga barba, un abundante cabello cano y una fisonomía franca y serena. Era alto, recio, musculoso ; todo

su cuerpo daba un fuerte impresión de virilidad. Andaba con paso firme y seguro y sus grandes ojos denotaban la sana nobleza de su espíritu.

Cuando los augustos esposos aparecieron en el comedor, damas y caballeros retiráronse a un lado y saludaron con profunda reverencia.

Carlos e Hildegarda sonríen y corresponden al saludo, y van a ocupar su puesto en la presidencia de la enorme mesa que ocupa por sí sola casi todo el inmenso comedor.

—Damas y caballeros franceses, sentémonos y demos gracias a Dios, porque nos ha concedido la merced de poder reunirnos aquí para celebrar nuestra victoria sobre los lombardos. Felicitémonos, con esta fiesta, de haber prestado un tan buen servicio a la religión cristiana, ya que con esta guerra no hemos hecho sino devolver al papa Adriano, sumo representante de la Iglesia, lo que los lombardos habíanle arrebatado. El Papa, desde Roma, nos envía un saludo y nos bendice. Sentémonos, pues. Regalemos nuestro paladar con los platos que habrá compuesto el ingenio inagotable de mi cocinero mayor

y fortalezcámonos con los vinos incomparables de mi bodega. Caballeros de mi corte, esforzados paladines de Francia : en presencia de estas damas y de Dios que se halla en todas partes, juremos defender nuestro país y nuestra religión.

—¡ Juramos !—fué el grito unánime que brotó de todos los labios.

Tras esta ceremonia, Carlomagno se sienta y todos los invitados le imitan. Por todas las puertas del comedor fluyen criados y camareros con grandes bandejas y humeantes manjares. Otros son portadores de los vinos que tanto alaba Carlomagno.

Al ver refulgir y espejear el vino en las copas, Bipino, que se halla entre los comensales, no puede reprimir un estremecimiento. En cien vasos ve verter el líquido ambarino y advierte que cien manos se tienden hacia ellos.

Basilio, vestido de camarero, le dice al oído al llenar su copa :

—Tus órdenes están cumplidas.

Estas palabras tienen la virtud de exacerbar su emoción hasta el límite y, encogido, baja la mirada, aguarda el momento fatal.

Ya la mano de Carlomagno se ha asido al pie de su copa, ya la atre hacia sí, ya acerca a ella sus labios.

Mas se oye de pronto ruido de cristales, se hace un silencio súbito en el comedor y se percibe claramente la voz del caballero Rolando:

—¿Qué hiciste, desdichado?

Bipino levanta la vista y ve a Rolando en pie y mirando fijamente a su criado, el cual, desempeñando provisionalmente el cargo de camarero, como Basilio, se halla inmóvil tras el Rey, erguido y con una bandeja en la mano.

El soberano no ha llegado a probar el vino que reverberaba en su copa. El torpe camarero improvisado, la ha hecho añicos al retirar una bandeja en el preciso instante en que el Rey iba a posar sus labios sobre el cristal.

Y la copa se ha roto y el vino se ha derramado sobre el pecho del gran Carlos.

—¿Qué hiciste desdichado?—repite el conde Rolando.

—Perdón, señor; la falta de costumbre... Caiga sobre mí el más rudo castigo y lo soportaré con resignación.

¿Qué hiciste, desdichado?

—Te perdonaría en el acto si no me pareciera que has roto mi copa adrede—dice el Rey.

Los ojos del camarero y de Rolando se encuentran. Hay en los de éste una mirada que mueve al criado a responder :

—Señor, mi falta de práctica ha sido motivo de que rompiera tu copa al retirar esta bandeja, y tanto es mi pesar, que no me inquieta que interpretes de otro modo mi torpeza, pues así recibiré el castigo que merezco y que ha de aliviar mi conciencia.

—Bien, serás castigado; pero como tu Rey sabe también premiar la honradez de sus súbditos, terminado el castigo, lucharás en la vanguardia de mis tropas en la primera guerra y serás oficial del ejército si tu comportamiento lo merece. Ahora continúa desempeñando tu cargo de camarero. Cuando termine la cena, te mandaré arrestar.

Continuó la comida. Los invitados hablaban de las próximas campañas y de las recientes victorias.

De pronto, Rolando se puso en pie y dijo dirigiéndose al Rey :

—Señor : solicito tu consentimiento para

reclamar por un instante la atención de todas las damas presentes.

Carlomagno y todos cuantos se hallaban sentados en torno de la mesa miraron con expectación a Rolando.

—Concedido—dijo el Rey.

—Pues se trata, señoras mías, de que esta mañana, durante mi habitual paseo a caballo, halle este brazalete en el campo, junto a unos matorrales. No creo que sea de ninguna de vosotras, pues su construcción tiene un marcado sello lombardo, pero os hago esta manifestación por si la dama que lo ha perdido es amiga vuestra y conocéis el brazalete.

Y abrió la mano y mostró la joya, mientras miraba a Bipino disimuladamente.

Este había empalidecido. El brazalete era exactamente igual al que le enviara la asamblea de conspiradores para facilitar la busca de la desaparecida.

Bipino echó una mirada en torno. Nadie, aparte Rolando, fijaba en él su atención, y éste no de forma tal que el traidor pudiera sospechar que se habían descubierto sus planes. Si el conde le miraba era seguramente

extrañado de la emoción que no había sabido reprimir. Sin conocer el secreto de la pulsera era muy difícil que nadie diera con él. Rolando no sabía nada.

Estos pensamientos confortaron a Bipino, que volvió a abarcar con la mirada a todos los comensales. Nadie, ninguna de las damas presentes daba muestras de conocer la pulsera ni de conceder gran importancia al asunto. Carlomagno era el único que parecía verdaderamente interesado.

Nuevos pensamientos pasaron fugazmente por la imaginación del traidor. Era un peligro que la pulsera continuara en manos de Rolando. Este podía entregarla a las damas para que la examinasen y entonces sí que, al pasar de unas manos a otras, era probable que alguien, inconscientemente, tropezara con el resorte del secreto.

Ante esta inquietante idea hizo un sobrehumano esfuerzo para aparentar tranquilidad y dijo:

—Yo conozco a la dama que ha perdido ese brazalete, conde.

Todos los comensales fijaron su mirada en Bipino y éste prosiguió.

—Y como la conozco, te suplico que me entregues la alhaja para devolvérsela.

—En el acto voy a cumplir tus deseos, caballero del Rey. Pero antes díme : ¿podrías dar alguna seña que acreditase que, en efecto, conoces el brazalete?

Bipino se irguió herido en su orgullo.

—Mis palabras se creyeron siempre sin necesidad de pruebas.

—Lejos de mí el dudar de la palabra de un soldado franco. No obstante, se da el caso peregrino de que yo también creo reconocer esta pulsera y desearía recibir una prueba que me convenciera de que estoy en un error. Si yo me equivoco, ¿por qué no has de equivocarte tú?

La maquinación estaba sabiamente urdida. Bipino vióse precisado a dar cuantos detalles conocía de la pulsera, suprimiendo, naturalmente, el más importante, el del secreto.

Los comensales no apartaban la vista de los dos caballeros. El suceso había logrado al fin cautivar la atención de todos.

Rolando dijo con imperceptible ironía :

—¿No olvidas ningún detalle de importancia?

Bipino se conmovió visiblemente.

Tras una pausa, repuso:

—No.

—En este caso—prosiguió Rolando con voz pausada—me veo en el trance de decirte que conozco mejor que tú la pulsera y que, por lo tanto, más probable es que pertenezca a la dama a que yo me refiero que a la que tú aludes.

Y añadió volviéndose al Rey:

—Señor, tú eres testigo. Yo sé que este brazalete tiene un secreto y Bipino lo ignora. Deslizando la uña por el interior del círculo metálico se observa que una casi inapreciable incisión detiene el camino del dedo. Si haces un pequeño esfuerzo, advertirás que la rendija corresponde a una fragilísima lámina de metal que se abrirá como una diminuta ventana. Yo no he querido hacer el experimento porque no me creo con derecho a violar el secreto de la dama a quien pertenece este brazalete. Hazlo tú que tienes poder para todo, e indica a quién corresponde entregar la joya. Hazlo, Señor, aunque te parezca indiscreto al pedírtelo tan ansiosamente.

Un tanto sorprendido quedó el Rey del

tono imperativo de Rolando, pero, a través de sus firmes palabras, había algo de anhelo que le movió a obedecer.

Deslizó Carlos el dedo, tropezó con la rendija y levantó la diminuta y frágil lámina de metal.

Bipino estaba pálido y miraba a Rolando con ojos en que palpitaba toda la ira posible en un corazón humano.

Por el hueco que quedara en la sortija, levantada la sútil lámina metálica, veíase el extremo de un papel arrollado.

—Dentro hay un papel—dijo Carlomagno—, una carta de amor, sin duda.

Y cuando discretamente iba a cerrar la especie de microscópica ventanilla, díjole Rolando:

—Creo, Señor, que debes extraer y leer esa carta. Por su encabezamiento y su firma comprobaremos exactamente a quién pertenece la pulsera.

Así fué a hacerlo Carlomagno, pero un puñal hábilmente lanzado, arrebató de sus manos el brazalete sin herirle.

El caudillo entonces se puso en pie de un salto. Llevóse la mano al cinto, mas no tuvo

necesidad de desnudar la espada. Ya lo había hecho Rolando, y el criado de éste, el torpe camarero que rompiera la copa del Rey, tenía abrazado al traidor por la espalda.

El traidor era Bipino.

La conmoción había sido enorme. En pie las damas, apercibidos para el ataque los caballeros, todos miraban fijamente al infiel, cuyo rostro demudado revelaba tanta ira como emoción.

Diez criados más habían acudido y todos ayudaban al de Rolando en la tarea de no dejar escapar al infiel.

—Lee, lee ahora esa carta—dijo el conde a Carlomagno.

Carlos leyó. En su noble rostro reflejóse una terrible indignación.

—¡Ah, miserable! ¡Llevaos, lleváoslo de mi vista!

—Ahora—interrumpió Rolando con agitación—voy por los demás traidores.

—¿Adónde?

—Concédeme que obre por mi cuenta hasta el fin. Yo fuí quien descubrí esa insurrección, yo quien la espié constantemente y seguí paso a paso sus planes, yo quien anoche

salí al encuentro de la dama que llevaba en su muñeca ese brazalete y yo quien ha ordenado a mi criado que rompa tu copa, pues el vino que ninguno de los invitados ha llegado a beber está envenenado. Ignoraba que la dama fuera portadora del veneno y no lo he sabido hasta que, mezclado a ese vino, habíase servido a la mesa. Yo soy quien ha hecho todo esto, Señor, y te ruego me concedas libertad absoluta para obrar por mi cuenta hasta el último momento.

—¿Cómo voy a negar nada a quien tan bien sabe defender mi vida?

—Gracias, mi Rey. Lo que sí quiero decirte es que a eso de la media noche caerán sobre Aquisgrán las nutridas masas de los insurrectos.

—Con las armas responderemos al ataque.

Rolando no aguardó más. Voló en busca de su caballo y momentos después cruzaba raudamente las vastas tierras de Francia.

Pronto llegó al no muy lejano pueblo donde los miembros principales de la asamblea revolucionaria aguardaban la orden que por medio de un mensajero prometiera enviarles Bipino.

Embozóse en su capa. Las calles estaban desiertas y obscuras. Sólo un edificio de miserable aspecto tenía iluminadas las rendijas de los balcones. Aquella casa era el secreto cobijo de los falsos súbditos de Carlomagno. Ante ella se detuvo Rolando y vociferó:

—¡Bipino Rey!

—La señal del mensajero de Bipino—dijo el presidente de la asamblea, el jefe de las masas conspiradoras.

—¡Bipino Rey!—repitió Rolando y emprendió una rauda carrera a través de las obscuras calles de la ciudad.

—¡Bipino Rey!

Y comenzaron a iluminarse las ventanas y a abrirse las puertas.

—¡El rey ha ingerido el veneno!

—¡Carlomagno y su corte van a morir!

—¡Francia e Italia son libres!

—¡Viva Bipino!

Estos gritos de entusiasmos y otros semejantes volaban por el ambiente nocturno de la ciudad revolucionaria.

Y Rolando, embozado de modo que sólo sus ojos y su frente quedaban al descubierto, seguía su rauda carrera a través de las calles

dormidas, que el retumbar de los cascos de su corcel iba despertando.

—¡ Bipino Rey ! ¡ Bipino Rey !

—Amigos míos—estaba entonces diciendo el cabecilla insurrecto a las masas que habíanse reunido al pie del edificio de la asamblea— : el tirano ha injerido ya el terrible veneno. A estas horas es posible que en los regios salones del palacio de Aquisgrán no queden sino un montón de despojos. Carlomagno y su corte ha muerto o va a morir. El gran Bipino, nuestro rey desde ahora, nos envía el mensaje con que prometió anunciarnos el momento fatal. Es, pues, la hora de emprender la hazaña. Antes de que amanezca, Bipino debe ocupar el trono de Francia y no debe quedar un solo afiliado a la dinastía Carolingia. ¡ A las armas, bravos paladines, al ataque !

Comenzaron a relucir las espadas y las lanzas. Flechas, venablos y ligeras máquinas de guerra. Las masas revolucionarias reuniéronse al principio del camino de la ciudad. Rolando—el que se fingiera mensajero de Bipino—había desaparecido ya. El vuelo de su caballo conducíalo con la velocidad de la luz

a la ciudad de Aquisgrán. Mas la multitud revolucionaria no reparó en ello. A cientos se contaban los caballos en las afueras de la ciudad, y no podía llamar la atención el ruido que producen los cascos sobre la tierra ni la rápida carrera de un jinete.

Las masas emprendieron la marcha cuando ya Rolando columbraba las luces de Aquisgrán.

Al llegar a ella vió que las tropas de Carlomagno hallábanse emplazadas en su entrada.

¡Aquello era un ejército disciplinado y bien provisto! Las máquinas de guerra formaban filas. Altas torres semejantes a edificios constituían la vanguardia aguardando el momento de arrojar un diluvio de flechas y venablos. Entre las nutridas tropas, resaltaban las lujosas vestiduras de los héroes que se hicieron famosos en el Mundo con el nombre de Pares de Francia.

Y sobre todas estas encumbradas figuras, resaltaba la de Carlomagno, el conquistador sin par, el caudillo que tan gloriosa huella ha dejado en la Historia.

Las primeras palabras de Rolando fueron para el Rey:

—Señor, llegan los insurrectos. Vienen ciegos -de entusiasmo, pues te creen muerto como a todas las personas principales de Francia. Bipino quedó en enviar un mensaje anunciando la hora del ataque y como el infeliz ha tenido tan mala fortuna que no ha podido cumplir su palabra, he querido hacer yo las veces de mensajero. ¡Atención! ¿No oyes el retumbar de los férreos cascos? ¿No oyes los gritos que profiere en su carrera la multitud enardecida? ¡Carlos, gran Carlos, permíteme que sea el primero en castigar a los rebeldes!

Y allá va el veloz caballo del héroe incomparable. ¡Ved su espada desnuda! ¡Ved cómo reluce la metálica hoja al tenue resplandor de las estrellas!

¡Oh, Rolando, tu nombre debía figurar en la Historia con letras de oro!

El solo, en su magnífico caballo que valientemente da el pecho al vuelo mortal de las flechas, detiene a un ejército de miles de hombres.

Lombardos y francos infieles caen mal heridos al golpe brioso y certero de su espada. Los insurrectos que pretendían caer sobre

Aquisgrán y convertirla en un montón de escombros, se atropellan aturdidos y desmoralizados por el embate arrollador de un solo hombre.

Se reponen. Suena la voz del cabecilla :

—¡ Dadle muerte, cobardes ! ¿ No os avergüenza que un solo hombre pueda con todo un ejército?

Las masas rebeldes rebullen y reaccionan. Mil espadas es preciso que puedan contra una, y un nutrido grupo se dispone a caer sobre Rolando cuando otro escuadrón de las tropas de Carlomagno sale a su encuentro y lo convierte en un montón de cuerpos exánimes.

—¡ Guerra !, ¡ guerra !—grita el héroe enloquecido.

Y corre hacia donde se halla el cabecilla de los insurrectos y le da muerte de un certero golpe.

A partir de este punto, la victoria se inclina definitivamente de parte de los súbditos fieles de Carlos. Los insurrectos huyen aturdidamente en todas direcciones. Sólo permanece firme en su puesto algún paladín

consciente de su deber, pero esos son pronto abatidos por el brazo de Rolando.

El propio Carlomagno vuela en su brioso corcel y se mezcla entre los fugitivos. Su espada, del más templado acero y cuyo puño es obra del más apto artífice francés, reparte golpes mortales a un lado y a otro.

Los infieles mueren y huyen. El campo de batalla se ha convertido en un campo de muerte.

Cuando las tropas victoriosas, con Carlomagno a la cabeza, regresan a Aquisgrán, por los horizontes de Oriente asoman las primeras claridades del alba.

II

BIPINO EL CÍNICO. — LA DAMA MISTERIOSA. — EL ARDID DEL JUAN

ntes de la guerra con los lombardos, Carlomagno había librado la de Aquitania. Muerto su hermano en el año 771 y proclamado Carlos rey de todo el Imperio franco, emprendió con tenacidad la conquista de esta región del sudoeste de Francia y pronto formó parte de sus dominios.

Seguidamente, sus relaciones con el papa Adriano dieron lugar a una segunda guerra: la de los lombardos, cuya victoria acababa de celebrar con el banquete que estuvo a punto de costarle la vida.

El proceso de ella fué el siguiente:

Allá por el año quinientos sesenta y tantos cayó sobre Italia una numerosa tribu que se apoderó de gran parte del país. Diversos papas romanos sufrieron la ferocidad de estos individuos que, poco a poco, iban arrebatando a la Iglesia sus dominios.

Más de doscientos años después, cuando Adriano fué elegido Papa y ya el gran Carlos era rey de toda Francia, los lombardos seguían ejerciendo sobre Roma la terrible opresión.

Carlomagno y el papa Adriano fueron pronto grandes amigos. Uno y otro, aunque de manera distinta, luchaban por la fe cristiana.

Durante la primera entrevista que el sin par Carlomagno tuvo con el Sumo Pontífice, aquél prometió a éste restituir a la Iglesia los dominios que la ferocidad lombarda habíale arrebatado.

En efecto, partió de Francia con una numerosa hueste y acompañado de sus Pares, héroes famosos que no reconocían adversario temible ni ciudad invicta.

La travesía de los Alpes fué penosísima, dura la batalla con los lombardos, pero, al

fin, los héroes francos vencieron, y en el trono de Italia se sentó un rey nombrado por Carlos.

La fama del gran conquistador esparcióse entonces por el Mundo entero. Carlomagno recibía presentes y embajadas de todos los países cristianos. Sus heroicos paladines eran cantados por los más famosos poetas.

Entonces fué cuando Bipino, el traidor, fraguó el complot que había de costarle la vida.

Pues el Juez Supremo de la Corte había decretado la muerte del miserable, no sin antes, naturalmente, tomarle cumplida declaración.

—¿Cuánto tiempo hacía que habías concebido el proyecto de dar muerte al Rey?—habíale preguntado en presencia de Carlomagno.

—No lo sé: mucho—repuso el traidor cínicamente.

—¿Y qué motivos te indujeron a ello?

—Tampoco puedo contestar con exactitud. Sé que desde que murió Pipino, el padre de Carlomagno, y dejó en herencia a éste y a su hermano los dos tronos en que se dividía

el reinado del Imperio, yo odié a Carlos porque le envidiaba. Porque me hería su bravura y su rectitud de conciencia. Porque era poderoso y apuesto, porque veía que había pisado el camino de la fama. Le odiaba, le envidiaba y quería exterminarlo.

—¿Quién fué el primero en ayudarte en tu empresa?

—Un paladín lombardo.

—¿El cual se llama...?

—No sé su nombre.

—¿No quieres decirlo?

—No quiero decirlo.

—¿Por qué?

—Porque si hubiera salido con vida de la lucha que recientemente los insurrectos han sostenido con vosotros, le prenderías y ello equivale a evitar un segundo levantamiento.

—¿Qué interés tiene en que se produzca una nueva insurrección?

—¿No ves que ahora odio más todavía a Carlomagno?

—Bien, comprendo que es inútil insistir. Y de la dama portadora del brazalete y del veneno, ¿qué puedes decirme?

—Que me amaba.

MUSEO PEDAGÓGICO NACIONAL - BIBLIOTECA DE NIÑOS

—¿Y qué más?

—¿Qué quieres saber?

—Donde vive.

—No te lo diré. Busca si quieres.

—Buscar es dar con ella.

—Lo comprendo, pero no quiero facilitar tu labor.

—Esta noche purgarás tu crimen. Antes de que amanezca habrás pasado al dominio de Satán.

—Seré un buen compañero suyo.

—Sufrirás las más horrendas torturas.

—No profetices y concluye pronto.

—Ya he concluído.

Y volviéndose a los soldados que lo sujetaban, añadió:

—Llevadlo a su prisión. Esta noche recibiréis nuevas órdenes.

Cuando Carlomagno y el Juez quedaron solos, dijo éste:

—Nos interesa saber el paradero de la dama rebelde.

—Búscala.

—Creo que será preferible aguardarla.

—¿Aguardarla?

—Sí. Si está verdaderamente enamorada

de Bipino, vendrá a darle su último adiós.

—¿Sabrá acaso que está preso?

—Lo más probable es que lo sepa. Mas, por si acaso, ahora mismo voy a enviar mensajeros a todos los puntos de Francia proclamando la noticia. Haré correr la voz de que Bipino ha sido condenado a muerte, cuidando de detallar a la vez dónde se halla su cárcel.

—No eres corto de ingenio, amigo mío. Ve y dispón de mi gente como gustes.

Obedeció el Juez y pronto de Aquisgrán salieron mensajeros en todas direcciones.

Aquella noche no hubo novedad en la prisión de Bipino, según manifestación de los centinelas, que el juez tenía bien aleccionados.

A la segunda noche no ocurrió lo mismo. La cárcel formaba un cuerpo de edificio separado del palacio de Aquisgrán y cuando promediaba la noche el centinela vió que una sombra llegaba del bosque cercano.

Ocultóse el guardián y aguardó a que la imprecisa forma se acercase para poder discernir si, en efecto, se trataba de una dama.

El bulto se aproximaba cautelosamente. A

... corrió hacia ella y la rodeó...

la luz de la luna fué poco a poco distinguiéndose su luenga túnica y su obscuro velo. Tan cerca del escondrijo del centinela pasó, que éste la oyó jadear y lamentarse de la aspereza del camino.

Aun esperó el centinela. La dama llegó a la puerta de la prisión, miró a un lado y a otro y extrajo de su bolsillo algo que incrustó en la cerradura.

El guardián, entonces, corrió hacia ella y la rodeó fuertemente con sus brazos.

Sonó un grito, un sollozo después. Acto continuo, relucieron las esposas a la luz de la luna y la dama quedó prisionera.

A rastras fué conducida al palacio, donde el Juez supremo de la Corte la esperaba ver entrar de un momento a otro.

—Señor—dijo el centinela—, no sé si será éste el personaje que esperabas, mas sí puedo decirte que he sorprendido a esta dama en el momento en que trataba de abrir la puerta de la prisión de Bipino.

El centinela no la soltaba a pesar de que tenía puestas las esposas, mas oyó que el Juez le decía :

—Deja en libertad sus manos y vete.

Sorprendióse el soldado. ¿Soltar a una mujer a quien había estado esperando hora tras hora durante dos noches y había descubierto al fin forzando la cerradura de la prisión de Bipino? ¿Quitar las esposas a una dama por cuya captura cien mensajeros volaban aún a través de las llanuras de Francia?

Mas el Juez repitió:

—Deja en libertad sus manos y vete.

La propia Gisla quedó asombrada de la orden del poderoso señor.

Cuando quedó sola con él, era tan grande su sorpresa que no osó pronunciar palabra.

Tampoco el Juez habló. Estaba fijo en aquellos ojos tristes, enrojecidos por el llanto. Miraba con curiosidad y emoción aquella actitud de dolorosa, impropia de quien se prestara a transportar un veneno que había de servir para dar muerte a su Rey.

He aquí lo que movió al Juez a dar orden de que se libertaran las manos de la delincuente. Por muy graves faltas que aquel ser hubiera cometido, sus ojos, su actitud, toda ella inspiraba confianza y producía, más que otra cosa, compasión.

El Juez acercóse más a ella y le ofreció un asiento donde descansar.

Gisla se dejó caer en él desfallecida. Estaba pálida, miraba al Juez con ojos aterrados.

El Juez hubiera dicho:

—¡No temas, hija mía!

Pero se sobrepuso y con severidad, con la rectitud que correspondía al cargo que desempeñaba, inquirió:

—¿Cuál es tu nombre?

—Gisla.

—¿Qué te movió a ir contra tu rey?

—Mi amor por Bipino.

—¿Tan grande es tu amor que lo antepones a todo?

—Hasta a mi propia vida. Si yo supiera que con ella salvaba la de Bipino, no me afligiría, sino que, por el contrario, estaría satisfecha de haber caído en tu poder.

—¿Dónde conociste a Bipino?

—Es una historia muy larga de contar.

—Cuéntala.

—Si he de ser condenada a muerte no desplegaré los labios. Al menos me ahorraré la fatiga de hablar y de recordar.

—No temas. Nada sé de ti; pero estoy

convencido de que tus faltas tendrán poderosos atenuantes. Además, puedes descansar si quieres. Yo ordenaré que te preparen aposento y que obedezcan tus órdenes como si fueran dadas por mí. Ahora bien, haré eso si tú me juras que mañana, cuando hayas recobrado tus fuerzas, me contarás esa historia que ahora el cansancio te impulsa a callar.

Gisla no quería dar crédito a sus oídos. ¿Cómo era posible que el corazón del más alto representante de la Justicia abrigara tanta bondad, tanta ternura?

—Señor—dijo Gisla, sin poder contenerse—, ¿acaso conservo aún en mi semblante algo de mi perdida nobleza?

—Sí. Hay algo en ti que dice bondad y grandeza de espíritu. No puede ser muy malo el que llora como has llorado tú. Ve, ve a tu aposento y da reposo a tu cuerpo fatigado. Mañana, cuando el sol se halle en el cenit recuerda que el Rey y yo te aguardamos para que nos relates la historia de tu vida.

* * *

A la mañana siguiente, la dama que tan ciegamente amaba a Bipino presentóse, conducida por quien había ido a buscarla, en la habitación donde la aguardaban Carlomagno y el Juez supremo de la Corte.

Gisla no levantaba la vista del suelo. Diríase que en presencia del hombre a quien había tratado de envenenar o de ayudar al menos a hacerlo, el remordimiento la torturaba.

Comprendiéndolo así, Carlomagno dijo:

—Habla sin temor, que tu Rey te perdona de antemano. Relata tus cuitas, que grandes deben de ser a juzgar por tu aspecto.

—Señor: no sé cómo agradecer tus bondades, de las que soy tan poco merecedora. Puesto que lo pides, voy a hacer un breve relato de mi vida, mas no porque considere que pueda interesarte ni serte provechosa en modo alguno. Yo ignoro a punto fijo quiénes son mis padres y cuál mi procedencia. Sé, porque una buena amiga me lo contó, que un día fuí hallada al borde de un camino, en tierras de Lombardía por unos mensajeros que me condujeron a presencia del Rey. Yo era entonces muy niña, tanto, que apenas sa-

bía pronunciar dificultosamente media docena de palabras y hacer otra cosa que reir o llorar sin motivo. La Providencia quiso, sin duda, protegerme, y el Rey, de cuya crueldad nadie hubiera esperado tal indulgencia, dió orden de que se me diera lecho y comida en su palacio, tratándome con todos los respetos que hubiéranse observado con un hijo suyo. ¿Por qué? Señor, yo esto no lo sabré nunca. Unos dicen que mi cara de muñeca hizo gracia al monstruo; otros que, suponiéndome hija de algún noble franco, pensaba sacar provecho de su generosidad. No sé, Señor; lo cierto es que entre sus hijos crecí y con ellos me eduqué como una hermana. Todo fué muy bien al principio, mas conforme el tiempo iba pasando observé que los hijos del Rey iban siendo menos amables conmigo, y llegó el momento en que esta falta de gentileza se convirtió en verdadera rivalidad, en odio profundo. ¿Por qué? Esto sí que no lo ignoro: me envidiaban, les mortificaba mi clara inteligencia, mi honradez innata, algo de gentil y correcto que había en mí y que estaba muy lejos del espíritu lombardo que a ellos les hacía ariscos, egoístas

y vanidosos. Un día sorprendiéronme besando una cruz en la que se representaba la imagen del Cristo crucificado y esto acabó de encender el odio que abrigaban contra mí. ¿Quién me había enseñado a profesar una religión que no era la suya? ¿Cómo me atrevía a practicarla bajo su propio techo, donde por caridad me tenían recogida? Desde entonces comenzó a hacérseme la vida imposible en aquella casa donde se me consideraba como un objeto despreciable. Un día presentóse en el palacio un príncipe extranjero que el Rey codiciaba para su hija, y la fatalidad quiso que este príncipe se enamorara de mí. Yo fuí la primera en despreciar los galanteos del príncipe y en ensalzar a sus ojos las buenas cualidades de la hija del Rey, pero de poco me sirvió. Desde entonces yo no fuí ya sino una rival de la princesa, una ingrata que, además de comerse su pan, le arrebataba los maridos. De tal modo se pusieron las cosas, que una noche, para librarme de una muerte segura, huí del palacio sin rumbo ni idea determinada. Crucé pueblos y llanuras, altas montañas y profundos barrancos. No sé cuánto anduve. Lo que sí sé es que me

adentré en tu país, donde allé trabajo y seres amables que me trataban fraternalmente. Entonces conocí a Bipino. Me enamoré de él apenas escuché sus primeras palabras. No dejé de advertir que había un fondo de perfidia en la sonrisa de sus finos labios, en la mirada de sus amplios ojos, pero yo estaba, sin duda, destinada a ser su rendida esclava, y lo fuí. De lo que ha sucedido después ni yo misma me he dado exacta cuenta. Sé que no tenía más voluntad que la suya, que no deseaba sino ser su esclava, que me maltrataba y a mí me sabían a mieles sus golpes. Me sacó del refugio en que me hallaba y me condujo a otra mansión mucho más lujosa, donde ya se conspiraba contra ti. Yo, te lo juro, había admirado siempre tu valor y tu magnanimidad. Aún protegida por un rey enemigo tuyo, te prefería a ti que a él. Pero Bipino te odiaba. Y como mi voluntad era la suya, yo fuí contra ti porque él lo quería. La casa adonde me había conducido era el cobijo secreto de los conspiradores. Esto él no me lo había dicho, pero yo lo suponía. Durante tus ausencias, cuando alguna rebelión o algún asunto político te obligaba a alejarte

de Aquisgrán y a veces de Francia, ellos se reunían y planeaban atentados contra ti que nunca llegaban a realizarse. Finalmente, fraguóse una verdadera insurrección. Los miembros de la asamblea revolucionaria habían reclutado a buen número de lombardos y francos infieles. Yo, cuando Bipino no estaba delante, sentía una gran indignación contra los traidores, pero aparecía él y mis pensamientos cambiaban radicalmente. Me ordenaba ser mala y lo era, me hubiera dicho que te matase yo misma y yo misma te hubiera dado muerte. Lo demás ya no tiene importancia. Era la mensajera de la asamblea revolucionaria y varias veces entré secretamente en tu palacio, la última para traer a Bipino el veneno y una carta. En mi camino se interpuso uno de tus más famosos paladines—pues ahora sé que se trataba de Rolando—y me arrebató el brazalete que contenía la carta, pero no el veneno que llevaba muy bien escondido. Concluyo. No pronunciaré nombre alguno—que es seguramente lo que tratáis de averiguar—pues todos los insurrectos han perecido en la reciente lucha. No queda vivo ni uno solo. Bipino, que ayer era

el único que existía, murió también esta noche. Nadie me lo ha dicho, pero lo sé. Para darle muerte no aguardabais sino que yo cayera en vuestro poder. ¿Verdad que Bipino ya no existe?

El Juez quedó indeciso, pero, al fin, con voz conmovida, pronunció estas palabras:

—Ya no existe.

Gisla abatió la cabeza y con ella entre las manos lloró larga y amargamente.

Carlomagno se aproximó a ella y posando su mano sobre su cabeza, dijo:

—No temas, mujer desdichada. Nadie te hará daño, y en Aquisgrán tendrás siempre lo que necesites para vivir.

Seguidamente llamó a una anciana servidora y ordenó que Gisla fuera conducida a su aposento y cuidada como correspondía a una dama de la corte.

Cuando Gisla hubo salido, volvióse el Rey al Juez supremo y le preguntó:

—¿Estás conforme con mis disposiciones?

—No has hecho sino interpretar fielmente mi pensamiento.

Y tras una pausa añadió:

—¡Esa joven!... ¿Tú, mi Rey, no re-

—No temas, mujer desdichada...

cuerdas al poeta Gisandro, que perdió la razón y desde entonces vive en una lejana choza sin más compañía que la de las aves y las flores silvestres?

—Sí, recuerdo... Era yo casi un niño cuando en el reino del magnánimo Pipino, mi padre, hablóse mucho del gran poeta cristiano que perdió la razón.

—¿Y recuerdas cuál fué el motivo de esta desgracia?

—Me parece tener memoria de que su hija desapareció misteriosamente.

—Exacto. Una noche apareció su estancia vacía y con la ventana abierta.

—¿Y no se supo jamás quién fué el raptor o los raptores?

—No se supo nunca.

—¡Pobre padre!

—¡Sí, pobre padre! ¡Cuánto la amaba! Aún me parece estar viendo su rostro acongojado cuando creíamos que la niña se moría a consecuencia de una caída de su caballo.

—Por lo visto eras gran amigo suyo.

—Más aún; éramos como hermanos. Tu padre nos protegió a los dos igualmente y juntos escalamos la cumbre de nuestras ca-

rreras distintas : él fué un gran poeta, yo el juez de la corte del Rey más famoso de la tierra.

Carlomagno correspondió a la alabanza con una sonrisa. Prosiguió el Juez :

—Aunque vivíamos muy lejos el uno del otro, un día recibí una urgente llamada suya. Fuí con tanta rapidez como me permitió mi caballo y la largura del camino, y hallé a mi camarada arrodillado ante el lecho de su hija y llorando desesperadamente. Le pregunté qué había ocurrido y me respondió que su hija, amante como los tuyos del ejercicio ecuestre, había caído de su caballo y se había herido en la cabeza. «¿Y es grave la herida?», inquirí. «No sé», repuso, «mi hija no se mueve». Llegó el médico en aquel instante y dijo que aquella inmovilidad no era causa sino de una conmoción pasajera. En efecto curó pronto, pero le quedó en la cabeza, junto a la sien izquierda, una cicatriz que si no le desfigura el rostro es porque el pelo la disimula.

—Bien—dijo entonces Carlomagno—; pero ¿a qué viene en este momento el relato de esta historia?

—Soltadme viejos gazmoños...

—Viene—repuso el Juez—a que Gisla debe de ser la hija de mi pobre compañero, aquella niña que una noche desapareció misteriosamente.

—¿En qué fundas tus sospechas?

—En que también tras la sien izquierda de esta dama hay una larga cicatriz.

—¿Acaso se llamaba Gisla la hija de tu amigo?

—No, su nombre era Berta, pero ten en cuenta que al pasar a la tutela del rey lombardo ,de quien siempre se llamó hija, debió de cambiar de nombre o, mejor dicho, tomar el que le diesen.

—¿Y cómo te va a ser posible averiguar si tus suposiciones son acertadas?

—La niña, al caer del caballo, no sólo se hirió en la cabeza sino que en el brazo izquierdo, sobre el codo, debe presentar una segunda cicatriz.

—¿Hay que averiguar, por lo tanto, si esa segunda cicatriz existe en el brazo de nuestra dama?

—He ahí lo que me propongo comprobar.

—La vieja servidora que se le ha destina-

do como doncella será la que mejor pueda ilustrarte acerca de este punto.

—Eso mismo había pensado yo. Esta noche hablaré con la sirvienta y mañana sabremos si Gisla es la hija del loco que vive en una lejana choza de la campiña francesa.

No hablaron más Carlomagno y el Juez supremo de la Corte.

—Este, por la noche, dialogó con la doncella de la nueva dama palaciega.

—Necesito saber si Gisla tiene una cicatriz en el brazo izquierdo, sobre el codo.

—Mañana mismo lo sabrás, señor.

Pero a la mañana siguiente lo primero que la servidora dijo al Juez supremo de la Corte fué que Gisla había desaparecido. Existía, en efecto, la cicatriz en el brazo izquierdo, pues la vió al ayudarla a desnudarse la noche pasada, pero a la llegada del mismo día, cuando fué a su aposento con el ánimo de ayudarla a vestirse vió el lecho vacío y la ventana abierta.

¡Como la otra vez, como cuando niña, desapareció de la vivienda de su padre!

Cuando supo Carlomagno lo acontecido, su sorpresa fué indecible.

¿Qué sino fatal perseguía a la pobre Gisla?

En el acto dió orden de que sus más astutos investigadores, los que durante las guerras más hábilmente desempeñaron el cargo de espías, salieran en busca de la dama que por segunda vez había desaparecido tan misteriosamente de su aposento.

III

LOS HIJOS DEL REY

—Paloma; mi caballo corre más que el tuyo.

—Pero el mío es de más bella lámina.

—¡ Bah ! Se asusta hasta de las moscas.

—Su piel es tan fina que todo hiere su sensibilidad y es capaz de sentir el peso de una mariposa.

—Mi caballo salta los más anchos arroyos del contorno.

—El mío tiene una crin tan larga como el follaje de los sauces que bordean el río.

Los que hablan son una niña y un niño casi de la misma edad. Ella es rubia y exquisita como una muñeca, él moreno y fuerte como un gladiador en miniatura. La dorada

cabeza de una y el azabache de los cabellos del otro refulgen al sol.

Ambos son hijos de Carlomagno. El se llama Carlos, como su padre; ella, Rotrada, mas por su gentileza sin par todos la conocen por el nombre de Paloma.

Carlos posee un caballo ligero como la brisa y bravo como un huracán. El de Paloma es de bella lámina y de majestuoso andar.

El es atrevido e imprudente, ella mesurada y razonable.

Carlomagno tuvo siempre tanto cuidado en la educación de sus hijos como en la defensa de su trono y en el bien de su pueblo. Además, el gran conquistador fué siempre un gran amante de los niños. Fundó escuelas, hizo planes de enseñanza, y con tanto celo velaba por el funcionamiento de los colegios, que los visitaba de continuo y él mismo investigaba si los discípulos eran estudiosos o desaplicados.

Por cierto, que en una de sus visitas a la principal escuela de los contornos, ocurrióse decir al maestro que a los aplicados los colocase en una parte y a los traviesos y malos estudiantes en otra.

El profesor estuvo algunos días ocupado en establecer esta división y cuando a la semana siguiente volvió Carlomagno a visitar el colegio, halló que los aplicados eran casi todos pobrecitos que de tener que pagar no hubieran podido aprender, y los desaplicados hijos de familias ricas.

Entonces Carlomagno dijo a los alumnos :

—He aquí el poco valor que en realidad tiene el dinero. Estos niños que no carecen de nada, son pobres y pobres serán, pues desconocen la satisfacción espiritual que produce la cultura, el conocimiento de todas las cosas y la facultad para vencer las dificultades de la vida, lo cual se adquiere todo con el estudio. Además, llegarán, sin duda, a carecer de lo más preciso, pues así como una inteligencia puede producir una fortuna, la fortuna por sí sola no puede producir una inteligencia y sin ésta no es nada. Así, pues, hijos míos, no confiéis en lo que tenéis ahora sino pensad en lo que debéis de obtener mañana.

Así habló Carlomagno a los niños desaplicados, y a los estudiosos les animó a seguir por el buen camino emprendido.

A la semana siguiente, cuando Carlomagno volvió al colegio, se halló con la agradable sorpresa de que todos los niños pertenecían al grupo de los aplicados.

Fácil será comprender ahora cuánto amaba el inmortal rey franco a los niños y hasta qué punto le preocupaba su educación, de la que indudablemente dependería la importancia histórica de las futuras generaciones francas.

Y si le interesaban los niños en general, ¿cómo no iba a desvivirse por los suyos?

Paloma y Carlos tenían preceptores cuya fama de sabios era conocida en todo el mundo.

Pero de lo que especialmente cuidaba el Rey era de la cultura física de sus retoños. Quería que el varón tuviera la valentía y el brío del primero de sus paladines y ella, Paloma, la hermosura fuerte de las damas griegas.

De aquí que, además de preceptores, les buscara profesores de gimnasia, de esgrima y de equitación.

Todas las mañanas, después de las lecciones de Teología, de retórica y de gramática

latina, se practicaban en la lucha a sable y espada, y se lanzaban al galope de sus corceles por los inmensos jardines de palacio.

Este ejercicio es el que les ocupaba ahora.

El experto jinete que les aleccionaba iba siempre a pocos pasos de los infantes. Muy lejos, sentado en un banco de piedra, había quedado el preceptor con sus libros de texto en la mano. Carlos hallábase minutos antes respondiendo a las preguntas teológicas del programa. En aquel momento llegó el profesor de equitación, y Paloma, que había terminado ya con los estudios, fuese hacia su caballo y, después de saludarlo con las caricias cotidianas, montóse en él ayudada por el palafrenero que sujetaba sus bridas.

Desde este punto, Carlos no respondía a derechas a las preguntas de Teología. El profesor se desesperaba.

—Dios hizo el mundo... Vamos, hijo mío, responde.

—Mi caballo parece que cojea.

—Deja ahora a tu caballo que estamos con la Teología.

En este preciso instante los caballos pasaron muy cerca de ellos y el de Carlos tuvo

la ocurrencia da alargar la cabeza hacia él y proferir un suave relincho.

Carlos no esperó más. De un salto se plantó junto al animal y, después de rodearle el cuello con sus brazos y besarlo repetidas veces, saltó a sus lomos, y se lanzó a galope tendido por los jardines inmensos de la regia residencia.

El profesor de equitación y el palafrenero corrieron aterrados tras el príncipe.

No lograban darle alcance. Carlos iba dejando atrás metros y metros con velocidad vertiginosa. Se interpuso un arroyo en su camino y lo saltó ; un muro de malezas y pasó sobre ellas sin rozarlas. Traspuso los linderos del jardín y a campo traviesa, galopó hacia la montaña azul que se columbraba muy lejos.

—¡ Príncipe ! ¡ Prudencia, hijo mío !— vociferaba el viejo jinete que le perseguía.

Pero Carlos no se daba por aludido. De pronto tiró violentamente de las bridas, y el corcel, patinando, se detuvo en seco. Obligóle después a girar rápidamente y se dirigió hacia los regios jardines, perseguido por el

palafrenero y el profesor, que jadeaban de miedo y cansancio.

No se columbraba a éstos, y ya había llegado Carlos al lado de su hermana, que no se había atrevido a moverse de las proximidades del preceptor. Este tenía el rostro desencajado.

—¡Hijo!, ¡por Dios! ¡Te vas a matar! Baja y descansa un poco.

Carlos, por toda respuesta, arrojóle una rama de olivo que había cogido al paso fugaz de su corcel.

—Toma—le dijo—, examínala de Teología.

Seguidamente se acercó a Paloma, le pasó el brazo por la cintura y la sentó en su propio caballo, dispuesto a emprender una segunda carrera.

Paloma profirió un grito. El preceptor se abalanzó sobre el caballo y se asió desesperadamente a las bridas.

El maestro de equitación y el palafrenero, que llegaban en aquel instante, dándose cuenta del peligro, se precipitaron también sobre el caballo del príncipe y le sujetaron el uno por la cola y el otro por la crin.

—Soltadme, viejos gazmoños—vociferaba Carlos—. Quiero que esta niña tonta aprenda a ser valiente. Saltaré un arroyo y me internaré en un lago, escalaré la cumbre de un monte y me deslizaré por lo más abrupto de una pendiente.

—¡No!—exclamó el preceptor—. ¡Por Dios, hijo mío!

—¡Cállate, ratón de biblioteca!

Paloma, entre los robustos brazos de su hermano, lloraba desesperadamente convencida de que no podía hacer otra cosa.

En este preciso instante, apareció Carlomagno, el cual quedó estupefacto ante el extraño grupo.

—Señor...—dijo el preceptor inclinándose.

—¿Qué sucede?

—Que tu hijo quiere matar a la pobre Paloma. Habla de lagos y de arroyos, de cumbres y de vertientes.

Carlomagno, que conocía bien a su hijo, prorrumpió en alegres carcajadas.

—Vamos, Carlos—le amonestó—. Sé prudente y no asustes a estos viejos amigos... Deja a Paloma en su caballo y ven a lidiar

conmigo. ¿No recuerdas que ayer me desafiaste?

—Sí, a un duelo a espada.

Todos se encaminaron hacia la sala de armas, mas no habían llegado aún a la puerta de la real mansión, cuando apareció Rolando y les detuvo.

—Señor: una embajada española desea conferenciar contigo.

—Suspendamos, pues, el asalto—dijo Carlomagno a su hijo—. Hoy puedes luchar con tu primo Rolando, el héroe más famoso de Francia.

—Después del Rey—dijo el aludido.

Y prosiguieron la marcha hacia palacio, el soberano para conferenciar con la embajada, el preceptor para sepultarse en la biblioteca, Paloma para reunirse con su aya, y Carlos y Rolando para realizar sus ejercicios de esgrima.

IV

CARLOMAGNO VIENE A ESPAÑA

Cuando Carlomagno llegó al salón donde le aguardaban los extranjeros, éstos le saludaron cortésmente y mientras el soberano ocupaba el trono, el más despejado de los embajadores arrodillóse ante él y le dijo :

—Señor : mi Rey, el cristiano Ibn-al-Arabí, nos envía para suplicarte le prestes tu ayuda ; pues sobre Barcelona están ejerciendo constante opresión los sarracenos, por lo cual corre España peligro de que se implante su religión mahometana. Mi Rey, gran Carlos, conoce tus hazañas, cuya fama se ha esparcido por todo el mundo y sabe que eres el más grande defensor de la fe cristiana. Así,

pues, nadie mejor que tú para librarle de sus opresores, dominando a los sarracenos y obligándoles a abrazar tu religión, que es la única y verdadera.

Carlomagno quedó un instante pensativo.

Repuso al fin :

—No puedo negarme a lo que tu Rey me pide. Sobre todos mis afanes está el de servir a la religión de Cristo y el hecho de que un país vecino al mío se hunda en los abismos de la incomprensión religiosa, me inquieta y me desagrada. Ve y dí al que gobierna Barcelona cristianamente y te envía a mí solicitando apoyo, que pronto organizaré mis ejércitos y me encaminaré hacia el pueblo hispano para librarle del yugo sarraceno.

Apenas los caballeros de la embajada hubieron traspuesto los umbrales de la real residencia, Carlomagno reunió a sus doce Pares y les dijo :

—Paladines de Francia : el país vecino está a punto de ser dominado totalmente por los sarracenos. Una religión errónea, que combate a Cristo y ofende a Dios, se propaga entre esos desventurados. Mi opinión es que debemos marchar sobre los sarracenos de Es-

paña para convertirlos haciéndoles alentar la fe verdadera y única. ¿Qué creéis vosotros?

Los Pares quedaron pensativos.

El conde palatino Anselmo fué el primero en responder.

—Señor, yo, como tú, opino que mientras un corazón franco palpite y haya en el mundo una gota de sangre cristiana, es vergonzoso tolerar que un país se desmorone oprimido por la torpe religión mahometana.

Entonces habló Rolando:

—Lo mismo opino yo. A las palabras del conde no tengo que añadir sino que debemos obligar a esos sarracenos a abrazar la religión de Cristo, bautizándoles según ordenan los cánones de la Iglesia.

—¿Y si se resisten?—repuso el más juicioso de los Pares.

—Les quitaremos la vida.

—¿Con la guerra?

—Con la guerra primero. Después, una vez en nuestro poder las diversas regiones hispanas, nos cuidaremos de sus pobladores uno a uno.

Todos los paladines aprobaron las palabras de Rolando, y tras jurar defender con su vida

la de su Rey y la del Imperio, retiráronse dejando a Carlomagno absorbido en sus planes de guerra.

* * *

Es un día luminoso de abril. Los campos de Aquisgrán se han convertido en un inmenso cuartel, donde los guerreros francos afilan sus armas y disponen sus máquinas mortíferas. Vese a Carlomagno protegido por refulgente armadura y con su famosa espada a un lado. Es del mejor acero y se llama «Joyosa». Aunque tiene muchos paladines de confianza que bien podrían por sí solos llevar el mando del ejército, él no se da punto de reposo y todo lo comprueba y examina. Aquí da una orden, allá recibe un mensaje. Gallardo, fuerte, temible en su corcel de pura sangre, es el prototipo del gran conquistador.

Un caballo galopa hacia él.

Es el del conde palatino Anselmo, que le dice :

—Señor : para emprender la marcha hacia la frontera creo que no hace falta organizar más cuidadosamente a las tropas. Después,

cuando hayamos llegado a los Pirineos y nos adentremos en las tierras españolas es cuando debemos cuidar escrupulosamente hasta del último detalle.

—Muy razonables parécenme tus palabras, amigo mío, mas ya conoces mis deseos. Quiero que cuando mi ejército cruce las ciudades francesas, ni un solo franco pueda hallar el menor defecto a los que por ellos van a luchar.

—No lo había olvidado, Carlos invicto. Sé que deseas conservar la fama de esplendor que adquirieron tus tropas al marchar hacia Italia, pero contempla tu ejército y dime: ¿puede haber nada más deslumbrador en el mundo? Flamean los policrómicos pendones, centellean las armaduras y las espadas, brillan las limpias crines de los caballos...

Carlomagno contempló sus tropas hacia las que el paladín Anselmo tenía tendido el brazo.

Su examen debió de ser satisfactorio, pues dió orden al conde palatino de que llamara a los demás Pares.

Anselmo se llevó a los labios el cuerno de marfil y lo hizo sonar agudamente.

En seguida, en dirección adonde el Rey se hallaba, vióse llegar, al galope tendido de sus caballos, a once caballeros deslumbradoramente vestidos.

Rolando iba delante.

—Guerreros míos, paladines de Francia —díjoles Carlos— : vamos a emprender la conquista de un país que nunca combatimos. Nuestro Imperio se extiende por toda la Europa Central y en todas partes mis ejércitos dejaron una huella de su gloria. Os pido, y sé que me lo habéis de conceder, que también en España, con las marcas de nuestros pasos, quede la señal honrosa que por doquier dejan los soldados míos.

—Yo, Carlos único e invicto, juro luchar hasta que el último halito de vitalidad anime mi cuerpo y mientras quede un centímetro de acero a la hoja de mi espada «Durandal». Si por mí han de convertirse los fanáticos sarracenos, yo te juro, gran Carlos, que pronto no tendrá España un solo poblador mahometano.

El que así había hablado era el conde Rolando, que había desnudado y tendido su espada «Durandal».

Después avanzó Oliveros y dijo:

—Yo no prometo, Señor, sino ser el de siempre.

Uno a uno, los doce Pares fueron haciendo ante el Rey su promesa y, finalmente, fué éste el que dijo a sus paladines:

—Pues yo, por mi fe cristiana, os juro velar celosamente por la dirección de las tropas y combatir como el último soldado si es preciso.

Iban a retirarse los caballeros, cuando llegó el príncipe Carlos, jadeante en su ligero corcel.

—Padre mío, ahí viene mi hermana y mi madre con su cortejo para que todos juntos marchemos hacia Aquitania, donde ellas se deben quedar, pero yo te pido que me dejes ir entre tus soldados y que después me permitas continuar hasta España.

—Tus palabras, hijo mío, me halagan sobre manera, pero no puedo acceder a lo que pides. Eres muy joven todavía. Tiempo tendrás de luchar y hasta conquistarás países por tu propia cuenta, mas ahora quédate en Aquitania con tu madre y ayúdala a orar por la suerte de los francos.

Gran esfuerzo costóle al joven príncipe no insistir en su demanda, pero su inquietud espiritual no le impedía ser respetuoso y calló y emprendió la marcha al lado de los suyos, pues ya Hildegarda y Paloma habían llegado.

* * *

Ya se hallaba el ejército de Carlomagno a la otra parte de los abruptos Pirineos. Abril reía en los arroyos y en las verdes copas de los árboles. Con la brisa campestre llegaban oleadas de balsámicos olores y las aves cruzaban el espacio con alegre revuelo.

Carlomagno ordenó hacer alto a sus tropas y llamó a Rolando para decirle :

—Aquella ciudad que se columbra a lo lejos es Pamplona, y en ella impera la fe de Cristo. Sus moradores, por lo tanto, al vernos y saber que vamos contra los sarracenos, se sumarán a nosotros y engrosarán nuestras huestes.

—Así lo espero—dijo Rolando—, mas ten en cuenta que de todas formas vas a conquistar una tierra que les pertenece, que es su-

... llevose la trompeta de marfil a los labios.

MUSEO PEDAGÓGICO NACIONAL - BIBLIOTECA DE NIÑOS

ya, que es el suelo en que nacieron. El guerrero español no tendrá la frialdad y la constancia del sajón o del lombardo, pero su primer embate es temible. Abrigan sus pechos un gran sentimiento de orgullo y así como tú no quieres que tus soldados dejen sino huellas de gloria por donde pasen, ellos difícilmente se resignarán a que las dejen en su suelo patrio.

—Muy razonables parécenme tus palabras, mas si ante tal escrúpulo nos detuviéramos habríamos de renunciar a todas nuestras ideas de engrandecimiento. Un guerrero no puede enternecerse por la humillación que su victoria ha de significar para el enemigo.

—Cierto. Yo no he querido sino ponerte en guardia, quitarte las esperanzas respecto a la ciega fidelidad de los pobladores de Pamplona.

—No pasemos, pues, de aquí. Da las órdenes oportunas para que todo el mundo esté dispuesto a combatir en un momento dado y haz sonar tu cuerno tres veces.

Así lo hizo Rolando. Trasmitió a los demás paladines la orden de alerta, y volviendo

junto al Rey, llevóse la trompeta de marfil a los labios.

Tres veces una aguda vibración voló con la suave brisa mañanera. Después se hizo un gran silencio en las huestes y todos ansiosamente aguardaron la respuesta amistosa. Pero pasó el tiempo y la ciudad de Pamplona no respondía con la señal esperada.

—Señor—dijo entonces Rolando—, creo que será preciso que uno de nosotros vaya a entenderse hablando con la suma autoridad de esa población.

—No, no quiero exponer inútilmente la vida de ninguno de mis soldados. Ya enviarán ellos un mensajero si quieren.

—¿Y si no lo envían?

—Entonces... entonces iremos todos hacia Pamplona.

Alejóse Rolando. Fué a comunicar las nuevas órdenes del Emperador a los jefes, y las

Llegó el mediodía, llegó la tarde. De la tropas aguardaron una y otra hora.

ciudad próxima no veíase venir el esperado mensajero.

Cuando ya se advertían en el espacio los

primeros anuncios de la noche, el Rey previno a los jefes del ejército :

—Mañana, apenas amanezca, caeremos sobre Pamplona.

Ya no dijo «en caso de que el mensajero no haya llegado aún», pues sus esperanzas respecto a este punto habíanse desvanecido. El mensajero no llegaría aunque las tropas francas aguardaran un mes, un año. La ciudad de Pamplona no reconocía a Carlomagno como amigo. Lo que el pueblo había hecho apenas le viera aparecer era apercibirse para la guerra.

A la mañana siguiente, apenas los primeros albores asomaron por las cercanas cumbres, organizóse la marcha-ataque hacia la rebelde ciudad.

El encuentro fué formidable. No esperaba Carlos hallar tan dura resistencia en un pueblo tan pequeño en relación con el suyo, mas la desproporción de las fuerzas era grande y horas después la heroica ciudad se rendía.

V

TRAICIÓN SARRACENA.-LA TRAGEDIA DE RONCESVALLES

Tras esta primera victoria los triunfos se encadenaron para las tropas francas en el suelo español.

Carlomagno llegó hasta Córdoba. Mas a costa de tales esfuerzos logró estos últimos éxitos que ahora reposaba de sus fatigas y estaba dispuesto a no emprender la conquista de Zaragoza hasta que tanto sus tropas como él estuvieran totalmente repuestos.

Zaragoza había de ser su última y más difícil conquista en tierras hispanas. La ciudad estaba totalmente rodeada de colinas y aunque ya la había sitiado, no logró tomarla, de-

cidiendo dejar el asalto para cuando pudiera realizarlo con mayor preparación y tranquilidad.

Así, pues, había determinado dejar aún transcurrir algunos días para marchar contra la ciudad rebelde, cuando recibió la visita de un mensajero del rey Marsín, que le dijo:

—Señor: mi Rey me envía para pedirte paz. Sabe que te dispones a caer sobre Zaragoza y está dispuesto a evitarlo, prometiendo someterse a ti desde ahora. Zaragoza seguirá siendo de su exclusivo dominio, pero te jura, en cambio, amoldarse en todo a tus deseos, comenzando por convertirse a la religión cristiana e imponiéndola a sus súbditos. Para ello te dará todas cuantas garantías necesites, mas una vez que hayas regresado a Francia. Allí mismo irá él, si así lo deseas, a recibir el bautismo que exige la Iglesia a sus fieles.

Carlomagno quedó grandemente complacido de estas manifestaciones, pues sabía que la toma de Zaragoza había de costarle mucha sangre y fatigas, mas no dió al mensajero la respuesta, sino que le pidió que esperase

hasta el día siguiente si quería regresar a su país con ella.

Mandó llamar a sus Pares y les refirió su entrevista con el mensajero del rey Marsín, detallándoles lo que éste le prometía.

—¿No creéis que hay motivos para estar contento?

Algunos de los paladines se dejaron seducir en seguida por las halagüeñas promesas del Rey enemigo, pero otros no hicieron manifestación de entusiasmo alguna.

Rolando, especialmente, se mostraba pensativo y cabizbajo.

—¿Y vosotros?, ¿qué decís?—inquirió el Rey—. ¿Qué opinas tú, Rolando?

—Yo, Señor, discrepo de tu parecer. El rey Marsín promete, pero ello no quiere decir que cumpla. ¿Qué se puede esperar de un alma tan fanática y perversa como la suya? Zaragoza quedará libre y mientras nosotros, en Francia, estemos esperando al caudillo sarraceno para presenciar su conversión, él preparará sus tropas con objeto de extender sus dominios por el suelo que ya tú has conquistado.

—¿Por qué hemos de pensar siempre mal?

—Desconfía del sarraceno de negra historia.

Mas la mayoría de los Pares estaban de acuerdo con el Rey y decidieron regresar a Francia, lo cual manifestaron al mensajero para que a su vez se lo comunicara al rey Marsín.

* * *

Días después el ejército franco se dirigía hacia el Norte a través de los campos de España.

Era octubre. Un cielo gris entristecía el paisaje y oprimía los ánimos. Dijérase que algo fatídico impregnaba el ambiente y restaba valor y fuerzas a los paladines, los cuales caminaban con el continente de quien regresa de una derrota.

Delante iba Carlomagno con la hueste más numerosa. Detrás, Rolando, Oliveros, el conde Anselmo y otros esforzados lidiadores con un ejército reducido.

Caía la tarde cuando los últimos se dieron cuenta de que Carlomagno y sus tropas habíanse distanciado de ellos algunas millas.

—Amigo Oliveros, Carlomagno está muy lejos de nosotros. Con él van otros héroes cuya vida es preciosa para Francia y un numeroso ejército de muchos miles de hombres—dijo Rolando.

Y calló. En el silencio de la tarde, el rumor que las tropas producían al caminar tenía una majestuosidad extraña e imponente.

—En efecto—repuso Oliveros—, Carlomagno y su hueste se nos han adelantado mucho, pero no logro comprender por qué ello te preocupa.

—Me alegra, amigo mío, me alegra.

—Tampoco veo el motivo de esa alegría.

—Ni quiera Dios que lo veas.

—¿Por qué no te confías a mí? ¿Por qué no hablas claramente?

—Oliveros, el rey Carlomagno, al alejarse, es posible que se haya librado de una muerte segura.

—No te comprendo aún.

—Más no puedo explicarte. Sólo sé que tengo el presentimiento de algo fatal y terrible.

Ya no pronunció una palabra más, ni Oliveros volvió a preguntarle, y así, cariaconte-

cidos y en silencio, caminaron durante largos minutos.

De pronto oyóse un fragor lejano a sus espaldas.

—¿Oyes, amigo Rolando?—inquirió Oliveros.

—Sí—dijo Rolando sin levantar la cabeza.

—¿Qué significa ese rumor?

—La traición, la muerte. El rey Marsín nos ha engañado como yo presintía.

—¿Crees que serán las tropas sarracenas?

—Lo son.

Oliveros escaló con su caballo la cumbre de una colina y desde allí tendió la vista hacia la parte de Zaragoza.

En efecto, un numeroso ejército de gente armada de pies a cabeza, venía hacia Roncesvalles con fulgores de escudos y flamear de pendones.

Oliveros corrió al lado de Rolando.

—Efectivamente, son los sarracenos, que nos persiguen. Y Carlomagno y los suyos están muy lejos.

—Por lo cual debemos dar gracias a Dios.

—Sin embargo, si estuvieran con nosotros, la victoria sería nuestra. Así, en cambio...

—Vamos a morir

—Haz sonar tu cuerno, para que los francos de la vanguardia acudan en nuestro auxilio. Nuestro ejército es tan reducido que los sarracenos lo exterminarán en media hora.

Rolando tardó un instante en contestar.

Cuando alzó la vista del suelo, en sus ojos fulgía un bélico furor.

—No, no haré sonar mi cuerno. Yo sólo lucharé con esa nutrida hueste y no daré descanso a mi brazo mientras quede una gota de sangre en mis venas.

Entonces irguióse Oliveros :

—Y yo pelearé a tu lado. Puesto que éste es nuestro destino, muramos con la gloria que corresponde a quien ostenta el título de Par de Francia.

Y aguardaron impasibles el ataque de los sarracenos.

Caía la tarde ; enrojecíase el cielo otoñal en poniente. Las cumbres de las montañas tenían el color de la sangre. Una brisa ingrata, como venida de las negras simas del infierno, agitaba las luengas capas de los paladines. No muy lejos apareció el primer soldado enemigo y tras él una multitud de gue-

rreros vestidos de acero totalmente y algunos de ellos arrastrando grandes máquinas de guerra.

Rolando desenvainó la espada y, volviéndose hacia sus tropas que habíanse detenido a una orden suya, las arengó de este modo:

—Soldados de Francia: vamos a librar la más dura batalla de nuestra vida. Carlomagno nos ha elegido para formar la retaguardia de su ejército y he aquí que ahora el rey Marsín, con numerosa hueste sarracena, va a caer sobre nosotros. Salir con vida de esta batalla paréceme imposible, más nosotros hemos de luchar haciendo honor a nuestra fama de héroes para hallar una muerte gloriosa. Muramos, sí, pero no sin que antes nuestro brazo haya abatido una docena de infieles. ¡A la lid, héroes de Carlomagno! ¡Seguidme!

Y picó espuelas a su caballo y precipitóse con la velocidad del rayo contra las tropas del rey Marsín.

El ejército franco siguióle enardecido, y una lluvia de flechas y venablos desmoralizó y aturdió a los sarracenos, que, sin atender a los gritos del rey Marsín y de los principa-

les jefes del ejército, retrocedieron y se refugiaron en una llanura poblada de malezas.

Allí, ocultos entre las altas matas, enviaron la muerte en millares de flechas a las tropas francas.

Rolando, erguido en su caballo, buscó con los ojos a Oliveros, el cual se hallaba al otro lado de la columna, animando a los soldados y dándoles ejemplo con su bravura imponderable.

Rolando oyó que el Rey decía a los suyos :

—¿ Veis aquel caballero que tan orgulloso y valiente se muestra sobre su caballo?¡ Es Rolando, el héroe de cien batallas y mil leyendas. Su espada «Durandal» tiene fama de no errar nunca el golpe y su caballo de no conocer la fatiga. Y yo os digo que todo esto es pura fábula. Disparad las flechas apuntando a su pecho y le veréis abatirse y besar el suelo como merece.

Y un aluvión de flechas rozó el cuerpo de Rolando, rompiéndose algunas al chocar con su escudo.

El héroe, exaltado de loco furor ante la afrenta, hincó las espuelas en el vientre de su

caballo y de nuevo cayó sobre el enemigo con la espada desnuda.

Uno, dos, diez, veinte sarracenos rodaron heridos por los golpes certeros del paladín.

Un escuadrón entero abalanzóse contra él y en pocos minutos estuvo convertido en un montón de cadáveres. Sangraba por varias heridas, pero todas ellas eran muy leves. Con todo, su pecho y sus manos estaban manchadas de sangre.

Un segundo escuadrón quiso seguir la suerte del primero y casi lo consiguió, pues si bien formaban parte de él dos sarracenos de fuerza y ferocidad tales que la espada «Durandal» no lograba dejar huella en sus cuerpos, éstos, al fin, retrocedieron espantados al ver destrozado su escudo y partida en dos su lanza.

Lejos, Oliveros luchaba y mataba con el mismo ardor. Tres escuadrones sarracenos se abalanzaron contra él, uno tras otro, y los tres fueron vencidos por su espada.

Los soldados francos, animados por el ejemplo de sus jefes y por su natural ardor bélico, luchaban y morían gloriosamente.

El ejército sarraceno no osaba salir de los

matorrales donde habíase atrincherado. Dos héroes intentaron salir al campo abierto y los dos cayeron en el acto heridos por el dardo certero de un hábil arquero francés.

Anochecía. Los últimos resplandores del crepúsculo morían en poniente. Se cubría el cielo de estrellas.

Rolando, con el brazo dolorido, fuese a ver a Oliveros.

—Paréceme, amigo mío, que debíamos suspender la lucha hasta mañana. Es ya casi de noche y la obscuridad representa una gran ventaja para los sarracenos, que conocen este suelo mucho mejor que nosotros.

—Soy de tu misma opinión, Rolando, mas ¿dónde acamparemos?

—Cerca de aquí hay un desfiladero donde nuestras tropas hallarán abrigo y seguridad.

—Vamos hacia allí, pues.

—Vamos. También los sarracenos dan muestras de desear una tregua en la lucha.

Y se retiraron al desfiladero de Roncesvalles y allí aguardaron la llegada del nuevo día.

* * *

—No acierto a comprender—dijo Oliveros a Rolando cuando se hallaron instalados en su refugio de rocas—cómo hemos salido con bien de esta batalla. Nuestras tropas han sufrido una gran merma y últimamente combatíamos a razón de uno contra cien. Yo solo me he enfrontado con miles de hombres, y si eres tú, con escuadrones enteros te he visto lidiar... Y aquí estamos tú y yo sin que una sola flecha haya pasado de producirnos una leve desgarradura. Parece obra de Dios.

—Y lo es, Oliveros amigo. No lo dudes; no dudes nunca de que Dios no se separa un momento de sus fieles. Esa fe te prestará un arrojo contra el que no uno, cien escuadrones se estrellarían.

Oliveros quedó pensativo.

—Sin embargo, en la nueva lucha—dijo al fin con voz opaca—no lograremos sino defendernos durante unas horas. Ya no somos más que un reducido montón de soldados y, en cambio, los sarracenos pueden contarse aún por miles. ¿Por qué, puesto que ya no podemos confiar de ningún modo en la victoria, no haces sonar tu cuerno de marfil?

—No, Oliveros. Vivo no haré sonar mi

trompa. Después, si en mi agonía me restan fuerzas, llamaré a Carlomagno y a los que le acompañan para que vengan a recoger nuestros cadáveres.

—Sea como quieras, mi buen Rolando. Desde luego, no ignorarás que yo siempre estoy dispuesto a morir por la honra de las tropas francesas.

—Lo sé, fraternal amigo; por eso te hablo con tanta franqueza, disponiendo de tu vida como si a mí perteneciese. Acaso tengas razón. Tal vez tu cordura tenga más mérito y sea más conveniente que mi furor ciego, pero es mi creencia que un Par de Francia no debe pedir auxilio nunca. Mañana, cuando amanezca, libraremos esta última batalla, y después, que Dios nos acoja en su seno.

* * *

No había concluído Rolando de pronunciar estas palabras, cuando se oyó un formidable estrépito como el que producirían cien cuerpos al despeñarse desde lo alto del precipicio en cuyo fondo se hallaban.

—¿Qué ha sido eso?—inquirió Oliveros, sobresaltado.

Rolando se había puesto en pie. Su singular penetración habíale permitido darse rápida cuenta de lo que sucedía.

—Eso es que el enemigo nos ataca desde lo alto del desfiladero.

—Entonces, toda defensa será inútil.

—Sí, en modo alguno podremos salir de aquí con vida. Contra la lluvia de piedras que nos aguarda, nada podrá la fuerza de nuestro brazo.

Oyóse en seguida el bullicio que producían las tropas al despertar del sueño recién conciliado.

—¡Nos arrojarán piedras desde lo alto del desfiladero!

—¡Estamos perdidos!

—¿Cómo podremos salir con vida de este infierno?

Estas voces y otras semejantes retumbaban en la oquedad del abismo y el pánico y el desconcierto cundía entre los soldados franceses cada vez con mayor intensidad.

Rolando y Oliveros, sin ver nada, pues las sombras eran densísimas en aquella profun-

didad adonde ni siquiera el tenue resplandor de las estrellas llegaba, trataban de serenar a los soldados sin conseguirlo.

La lluvia de piedras y venablos era cada vez más compacta. Atronaban el espacio los rugidos de salvaje victoria de los de arriba y los largos lamentos de angustia de los de abajo.

Rolando buscó el camino de salida de aquel antro. Vano empeño. El terreno era abrupto y, en el caos de sombras, no acertaba sino a ir de tropiezo en tropiezo. Ya chocaba contra la pared del abismo, ya contra una roca gigantesca, ya se hundía en una depresión fangosa.

Entre tanto, no cesaba de llamar a sus soldados y de tratar de infundirles esperanzas.

Oyó una débil voz cerca de él. Se detuvo. Prestó atención. En un instante en que cesó la lluvia de piedras y se amortiguaron los gritos, volvió a oir la llamada.

—¡Rolando!

Y parecía que al pronunciar aquel nombre, el que lo profiriese, expelía con él el último hálito de vida.

—¡Rolando!—repitió la voz quejumbrosa.

A tientas, encorvado el cuerpo como para percibir aún el eco del triste quejido, avanzó el héroe hacia el lugar donde creyera haber oído pronunciar su nombre.

—¿Quién me llama? ¿Dónde estás, amigo mío?

—Soy yo... Anselmo... Voy a morir...

Entre el hueco que formaban dos rocas tropezó Rolando con el cuerpo del herido. Era el Conde Palatino Anselmo.

Agonizaba. El héroe inclinóse sobre él y recorriendo el cuerpo caído con sus manos, comprobó que en el lugar del corazón había clavada una flecha.

—¡Anselmo, amigo mío!

Y estas palabras fueron acompañadas de un sollozo desgarrador.

—Rolando—dijo el agonizante—. No hay esperanzas de salvación. Nos han traicionado. El desfiladero de Roncesvalles constituirá una página negra para la historia del ejército francés... Rolando, héroe amigo, haz sonar tu cuerno de marfil. Carlomagno acudi-

rá en nuestro socorro y al menos rescatará nuestros cadáveres.

—Sí, tocaré mi clamoroso Olifante, pero antes romperé mi espada «Durandal». No quiero que este acero que tanta gloria dió a mi brazo sea profanado por la mano de un sarraceno miserable.

Y alzando su espada «Durandal», la abatió violentamente contra la roca que había cerca del cuerpo ya exánime de Anselmo. Mas el acero no se rompió. Una y otra vez golpeó con él la roca y ésta se partió en dos mientras la espada no mostraba ni una sola mella.

Al fin desistió de su empeño y cogiendo en brazos el cuerpo sin vida del Conde Palatino se adentró en el desfiladero, guiándose por la pared de roca.

—¡ Oliveros !—llamó.

Nadie repuso.

Continuó caminando hacia el lugar donde más intenso era el tumulto, donde los últimos soldados de la retaguardia luchaban vanamente por salvar su vida, y volvió a llamar :

—¡ Oliveros !

... ¿Qué llevas sobre tus hombros?...

Esta vez le repuso un vagido semejante al que hacía un momento profiriese el Conde Palatino.

—¡Oh, amigo Oliveros! ¿Tú también estás herido ya?

—Y muy mal herido—repuso el héroe—. La vida huye a raudales de mi cuerpo.

—Valor, guerrero cristiano.

—Lo tengo. Morir no me importa, puesto que este es el deseo de Dios. Lo que siento es no ver cómo reciben su merecido esos traidores sarracenos.

—Es posible que Dios te obsequie con ese don.

—Imposible. La muerte está tan cerca de mí, que no creo poder oir lanzar el postrer grito de muerte al último soldado franco, a pesar de que los que quedan con vida no pasarán de dos docenas. Mas ¿qué llevas sobre tus hombros?

—El cuerpo sin vida del conde Anselmo.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Colocarlo en sitio seguro. Voy a tocar mi trompeta de marfil y quiero que cuando llegue Carlomagno pueda rescatar los cadáveres de sus paladines.

—Llévame a mí también, amigo mío.

—Tú aún vives.

—Yo ya muero.

Y asiéndose desesperadamente a las manos de Rolando, que había depositado en el suelo su carga para inclinarse sobre él, dió el último suspiro.

Rolando derramó abundantes lágrimas por el compañero muerto y lo condujo con el cuerpo del Conde Palatino a un lugar que las rocas ocultaban.

Después empuñó su cuerno Olifante y, llevándoselo a los labios, sopló con tal fuerza, que se le reventaron las venas del cuello. La sangre fluyó a borbotones, su cuerpo vaciló sin fuerzas para sostenerse, pero él volvió a llevarse a la boca el marfilino cuerno y volvió a soplar.

Las dos veces un agudo clamor, un vibrante sonido, poderoso como el grito de la más potente sirena, habíase remontado al espacio abierto y había volado a distancias infinitas.

Al mismo tiempo, el caballero Rolando habíase desplomado sobre los cuerpos exánimes de sus amigos.

VI

DOLOR DE CARLOMAGNO.-REAPARECE GISLA.-EL POETA LOCO

Marchaba Carlomagno al frente de sus ejércitos cuando llegó a sus oídos la primera llamada del cuerno Olifante.

Se detuvo.

—¿No has oído—dijo al noble jefe que le acompañaba—el sonido de la trompa de marfil de Rolando?

—No, señor; nada oí.

—Fué como un largo lamento de agonía.

—Acaso sea la trompa de caza de algún noble de estos contornos.

—Ni este es lugar adecuado para la caza ni la hora es muy a propósito. Además, la voz de Olifante es inconfundible. A veces es un grito dulce y prolongado y a veces un

aullido pavoroso. Siempre es un clamor que llega al cielo y cubre el mundo de un extremo a otro. Si cuando suena es de noche, su voz despierta al pastor en la cabaña, al caminante en la cueva donde se cobija, al gran señor en el palacio donde reposa, al pájaro en la rama donde duerme. Agítanse también los leones de la selva, rebullen los peces en la inmensidad del mar. Olifante es el instrumento de maravilla que no reconoce distancias ni fronteras. No, el sonido que hace un instante ha llegado hasta mí, no ha sido otro que el del cuerno de marfil de Rolando. Mas, para cerciorarnos, esperemos a que la llamada se repita.

Y aguardaron, el ánimo suspendido y el oído atento.

Entonces fué cuando Rolando llevó por segunda vez a sus labios el cuerno de marfil. El clamor extraño volvió a volar sobre las cumbres de las montañas, a recorrer el mundo de un extremo a otro.

Carlomagno no aguardó más.

—Ve, da las órdenes necesarias para que antes del amanecer nos hallemos en el lugar donde Rolando se halla en grave peligro.

Cuando un héroe de su calidad pide auxilio —pues de auxilio ha sido la larga llamada de Olifante—es que está en trance de muerte o que muere ya. ¡Oh, qué imprudencia cometimos alejándonos tanto de la retaguardia!

El caballo del emperador rebullía, hería el suelo con sus duros cascos, cual si hubiera reconocido también la voz de Olifante. Toda la bravura, toda la majestad del gran Carlos se había convertido en un afán inaplazable de hallarse pronto en el lugar donde había sonado el cuerno de marfil del héroe.

—¡Retrocedan las tropas! Siguiendo el mismo camino que recorrimos para llegar hasta aquí, es preciso que nos tropecemos con los soldados de la retaguardia.

Y el ejército en pleno dió media vuelta y volvió hacia Roncesvalles por el camino ya recorrido.

Carlomagno animaba a acelerar el paso a los que iban a pie. Mas el cansancio les rendía y la marcha, pese a las ansias del Emperador, era lenta.

La noche cerníase cual manto de luto sobre la abrupta campiña norteña. Un viente-

cillo desapacible soplaba, y en el cielo, del color de la pez, temblaban las estrellas, acaso de frío, tal vez conmovidas por la descomunal tragedia que acababa de desarrollarse en el desfiladero de Roncesvalles.

Era desigual el camino. La obscuridad constituía un obstáculo más para la marcha. Por fin Carlomagno no pudo ya contenerse y se lanzó al galope de su brioso caballo a través de la campiña inescrutable.

Los jefes le siguieron. Algún Par quedó al frente de las tropas, y así caminaron los ejércitos francos durante horas y horas.

Alboreaba cuando Carlomagno llegó al desfiladero de Roncesvalles. Allí, ante el espectáculo de sus hombres mutilados, de los escuadrones enteros de franceses que yacían en informe montón, experimentó el dolor más horrible que sufriera en su vida.

Cuando las tropas que le seguían llegaron al lugar de la tragedia, le hallaron abatido, incapaz de obrar, cual si por primera vez en la vida hubiera sido vencido en una lucha. Sus hombros poderosos se doblaban como bajo un peso abrumador, hundíase su pecho, su rostro de rasgos recios y nobles expresa-

—Señor: ¿Qué te sucede?

ba un dolor infinito. Resbalaba una lágrima por sus ásperas mejillas.

Acercóse a él uno de los Pares.

—Señor : ¿qué te sucede? ¿Dónde está tu valor, el valor del más grande guerrero del mundo?

—No sé, amigo mío. Siento que esta derrota pesa en mí cual si todo mi Imperio hubiérase desmoronado. Ahí, entre esos montones de cadáveres, están los cuerpos de los mayores héroes de Francia : ¡Rolando, Anselmo, Oliveros!... Nos han traicionado esos viles sarracenos... ¡Oh, cuánto es ahora mi arrepentimiento al haber desatendido la opinión de Rolando!

Las palabras de Carlomagno fueron interrumpidas por la llegada de un jefe de tropa.

—Señor—dijo— : se han hallado los cuerpos de los tres héroes, los cuales yacían juntos en el hueco que formaban unas rocas no muy distantes de la entrada del desfiladero.

—Que sean colocados con el mayor tiento sobre los lomos de los más pacíficos caballos y así los transportaremos a Francia. Anuncia a todos mis Pares que deseo que den escolta a los cuerpos de los héroes.

—También, Señor, hemos hallado cerca de ellos a una dama que aun conserva un hálito de vida. La creímos muerta, mas respiraba aún y su estado parece que se debe tan sólo a la pérdida de sangre sufrida.

En otras circunstancias, Carlomagno hubiérase asombrado del hallazgo, mas ahora estaba tan absorbido por el dolor, que se limitó a decir:

—Llevémonos también a esa dama con nosotros.

Y así, los doce Pares dando escolta a los cuerpos de los más famosos paladines vencidos, traidoramente asesinados, emprendieron los ejércitos del gran Carlos su regreso a Francia.

* * *

Ya de regreso en Aquisgrán, enterrados y hechos todos los honores a los restos de los héroes, Carlomagno recibió la visita del Juez Supremo de la Corte.

—Señor, deseaba hablarte, pero no lo haré sin antes cerciorarme de si ya te has repuesto de la gran conmoción experimentada.

—Habla, buen amigo. Mi corazón guardará un eterno luto a los héroes que murieron en Roncesvalles, mas no por eso he de descuidar los demás asuntos que incumben a mi Imperio. Habla, que ya te escucho.

—Señor, la dama que recogisteis herida en el desfiladero de Roncesvalles es Gisla, aquella que después de ser cómplice de la conspiración que contra ti organizó Bipino, fué acogida en tu palacio y desapareció de él misteriosamente.

Muy sorprendido quedó el Emperador de las manifestaciones del Juez supremo.

—Cuando recibí la noticia de que se había hallado a una dama confundida con los cadáveres de mis soldados no estaba para preocuparme de quién pudiera ser. Tampoco en estos últimos días, los primeros de mi nueva estancia en Aquisgrán, el entierro de mis malogrados paladines me permitió pensar en nada. Y ahora recibo la noticia de que la dama a quien nos trajimos de España, herida, es la que tan obstinada y vanamente buscamos antes de partir hacia el suelo español. Todo esto es tan extraordinario, que no me atrevo a dar crédito a mis sentidos.

—Tú mismo, Señor, puedes comprobarlo. La dama, que gracias a los cuidados de los mejores médicos, se halla muy mejorada, ocupa otra vez el aposento que le destinaste el mismo día que desapareció de Aquisgrán.

Mas que para asistir, estaba el Rey para que le asistieran ; pero, llevado de su bondadoso corazón, quiso ver y hablar a la dama que tan preocupado tenía al Juez supremo.

Así, pues, acompañado por éste, dirigióse al aposento de la joven.

Hallábase ésta sumida más que sentada en una poltrona y era su aspecto tan desolador, que Carlomagno quedó sorprendido y sin saber qué decirle.

Su rostro advertíase cubierto por mortal palidez. Hundíanse sus ojos en profundas ojeras y tanto había adelgazado que costaba trabajo reconocerla.

—Señor—dijo el Juez—. No he querido preguntarle nada hasta que no estuvieras tú presente. ¿Me permites que lo haga ahora?

—Ella es la que ha de decir si tiene ánimos para hablar.

Del amplio sillón salió una voz débil di-

ciendo que gustosamente respondería a cuanto se le preguntase.

Entonces, Carlomagno y el Juez supremo sentáronse cerca de la dama, y ésta, ante los ruegos del magistrado, comenzó a decir :

—El mismo día de la ejecución de Bipino, cuando comparecí ante ti, mi Rey y Señor, creí que, pese a la bondad de tu corazón incomparable, pagaría con la vida el gran delito que había cometido al ser yo misma portadora del veneno con que se te había de dar muerte. ¡ Y cuál no sería mi sorpresa al ver que, lejos del castigo que merecía, me dabas un lecho donde reposar y un puesto en la mesa de tus damas ! Esto que al principio sólo fué extrañeza, fué poco a poco convirtiéndose en horrible remordimiento. Como un padre me acogías y por tal hubiera llegado a tenerte cuando, andando el tiempo, hubiérase mezclado al respeto el cariño. ¿ Y quién, por malvado que sea, podrá resistir el pensamiento de que un día trató de asesinar a quien por hijo le tiene ? No, no, es espantoso... Yo, Señor, huí de esta regia y santa morada y volveré a huir porque ni merezco permanecer en ella ni la vida aquí me sería soportable.

Calló un momento. La agitación hacía temblar sus manos y entrecortaba sus palabras.

—Salí de aquí y me encaminé a través de los campos protegida por las sombras de la noche. ¿Hacia donde me dirigía? No lo sé... ni me importaba. Sólo quería huir de Aquisgrán, de tu palacio, de ti, que constantemente me recordarías el horrendo delito a que me condujo un amor ciego. ¡Oh, qué días de angustía y de hambre! ¡qué noches de frío, sin lecho donde reposar de mis fatigas, sin cobijo siquiera donde guarecerme! Anduve, anduve. Llegué a unas montañas altísimas, tan altas que sus cimas de rocas confundíanse con las nubes. Pregunté a un caminante. Me dijo que me hallaba en los Pirineos. Continué andando. Llegué a España, a Zaragoza. Allí se me dió cobijo y pan a cambio de mi trabajo, pero era éste tan duro y tan feroz el trato de mis amos, infames sarracenos profanadores de las más santas ideas, que hube de huir como huí de Aquisgrán cuando me acosaron los remordimientos. No sé el tiempo que anduve de una casa

en otra, de un pueblo en otro pueblo. Siempre tenía la desgracia de caer en manos de impíos, y había de abandonarles, pues la vida entre ellos me era imposible. Resolví regresar a Francia, y en compañía de un misionero llegué hasta las cercanías de Roncesvalles. El allí tomó otro rumbo distinto y yo quedé sola. Era la noche obscura y desapacible. Anduve algunas horas al azar por aquel mundo desconocido y henchido de tinieblas, y al fin, rendida, sin fuerzas para dar un paso más, me cobijé en una hondura a la que había llegado y la cual resultó ser el desfiladero de Roncesvalles. Lo demás ya lo puedes suponer. Un ruido atronador interrumpió mi sueño. Levantéme del duro lecho que prestábame el suelo roqueño y oí la infernal algarabía que producían los soldados francos en su desconcierto. No bien quise salir de mi refugio, cuando un golpe formidable me abatió. Una de las piedras que caían a millares desde lo alto del desfiladero había chocado contra mi cabeza. Esto es todo, Señor.

Gisla mostrábase fatigadísima después del esfuerzo realizado. El Juez iba a hacer nue-

vas preguntas, pero Carlomagno se compadeció de la enferma y detuvo al magistrado.

Ambos salieron de la estancia dejando a Gisla dormida.

—Señor—dijo entonces el Juez—, lo que creo que corresponde hacer es buscar al padre de esta joven.

—¿Consideras fácil la empresa?

—Considero, Señor, que hay que tratar de hallar a ese hombre, cueste lo que cueste. Tal vez fuera la salvación de ambos.

—Te autorizo a proceder como te plazca respecto a esta cuestión.

Carlomagno se retiró a buscar el descanso que desde hacía tanto tiempo su cuerpo necesitaba.

* * *

El Juez supremo de la Corte eligió entre los súbditos del Rey a dos de los más hábiles indagadores y les dijo:

—A vosotros voy a confiar una empresa de dificilísima realización. Se trata de hallar a Gisandro, el poeta que hace muchos años desapareció de la sociedad francesa para hacer una vida salvaje en los campos más remo-

tos e inhospitalarios. Si lográis dar con él y traerlo a palacio, el Rey os premiará como corresponde a la magnitud de tal servicio.

Y los comisionados montaron en sus ligeros e infatigables corceles y marcharon al punto a cumplir la misión que se les había confiado.

* * *

—¿Estás mejor desde ayer, Gisla amiga?

—Sí, hija mía... princesa.

—Me agrada más que me llames lo primero.

—Pues sí, hija mía, estoy mejor. Gracias Eres una niña muy buena y Dios te premiará.

—¿Acaso tú no eres buena también?

A Gisla se le llenaron de lágrimas los ojos.

—No, Paloma, no; no soy buena.

—¿Qué hiciste para no serlo?

Gisla se inclinó hacia la princesa. Tomó su rubia cabeza entre sus manos y la besó en la frente.

—No debes saberlo, hija mía; no debes saberlo nunca.

—¡Bah!, no creo en lo que me dices. Tú no eres mala; una persona que llora, no puede ser mala nunca.

—Gracias, gracias, Paloma; pero a veces, aun llorando, se cometen maldades.

—¿Llorando?

—Llorando, sí, que es lo mismo que sin querer cometerlas.

—¿Y cómo puede ser eso?

—Tú eres muy niña aún y no lo comprenderás aunque te lo explique. De todas formas, te diré que en el mundo, en la vida, hay algo que trastorna a las personas y las convierte de buenas en malas y de malas en buenas.

—¿Y qué cosa es esa que posee poder tan extraordinario?

—El amor.

—¿El amor? Mi aya me ha contado historias de príncipes enamorados.

—De príncipes que por el amor todo lo sacrificaban.

—Sí, ¿las conoces tú también?

—Conozco otras parecidas. Sé de una dama, de una pobre doncella que, cegada por

el amor, estuvo a punto de cometer un crimen.

—¿Un crimen? ¡Qué horror!

—¿Verdad, hija mía, que es horrendo?

—¿Y esa dama era buena?

—Así lo proclamaban todos.

—¡Qué miedo! Yo no quiero enamorarme.

—Tú, Paloma, aunque te enamores, no dejarás de ser buena.

—¿Por qué lloras tanto?

—Por nada, Paloma, por nada. Pensaba en esa desventurada que cegada por el amor trató de asesinar a su rey.

—¿Un rey como papá?

—Lo mismo, hijita, y esa dama era como yo.

—¡Qué miedo, Gisla! ¡No me cuentes esas cosas!

—¡Paloma! ¡Paloma!—oyóse proferir en el jardín.

Era la voz recia del príncipe.

—Es mi hermano Carlos, que corre a caballo por el jardín.

—Ve con él. ¿No te agrada la equitación?

MUSEO PEDAGOGICO NACIONAL - BIBLIOTECA DE NIÑOS

—Sí, me gusta mucho, pero Carlos me da miedo. Un día se matará.

—¡Paloma! ¡Paloma! Si no sales subiré hasta ahí con mi caballo—vociferó Carlos.

Paloma se asomó a la ventana.

—¿Que quieres?

—Baja. Tu caballo y tu palafrenero te esperan.

—No tengo ganas de montar.

—Pues yo sí las tengo de que montes, y si no me obedeces, haré que mi caballo salte hasta esa ventana y te bajaré cogida por las trenzas.

—Estoy cansada, Carlos.

—No importa. Te bajaré cogida por las trenzas y te llevaré a rastras hasta el pico más alto de los Alpes. Desde allí, tú, yo y el caballo nos lanzaremos al vacío.

—¡Qué miedo! ¡Carlos! ¡No me asustes!

—Pues baja.

Y picó espuelas a su nervioso caballo y éste comenzó a dar tales brincos y coces, que Paloma, aterrada, pues creía que su hermano iba a saltar para asirla por el pelo, retiróse de la ventana.

—Gisla, acompáñame tú para evitar que Carlos me lleve arrastrando a las montañas.

—¡Si no lo hará, tonta! Es que bromea.

—Sí lo hará, Gisla. La otra mañana, ya me cogió por la cintura y, colocándome sobre el lomo de su caballo, se me llevó a saltar arroyos y a salvar alambradas. Si tú me acompañas, nada se atreverá a hacer, pues le inspiras gran respeto.

—Estoy muy débil, Paloma.

—Anda, te apoyarás en mi hombro y diré que te lleven al jardín el más cómodo sillón. ¿Verdad que sí que me acompañas?

Gisla sonrió. ¿Cómo negarse a la tierna solicitud de aquella niña tan buena y tan dulce?

—Sí, te acompaño.

Y bajó al jardín, apoyándose en el hombro de Paloma.

Carlos, al ver a Gisla, no se atrevió a seguir inquietando a su hermana con sus bromas.

Y Paloma pudo montar en su pacífico caballo, cuya brida no soltó el palafrenero.

—Tienes un hermoso caballo, Paloma—díjole Gisla.

—Hermoso y bueno. No cocea como el de Carlos, no relincha, ni se encabrita, ni se desboca. ¿Tú sabes montar?, ¿montaste alguna vez?

—Sí, se montar—repuso Gisla pensativa.

—¿Quién te enseñó?

—No sé... no recuerdo.

—Mandaré que te traigan un caballo y pasearemos juntas.

Gisla, pensativa, no respondió. Y Paloma ordenó al palafrenero que fuera en busca del caballo más pacífico que hubiera en las caballerizas.

Momentos después, Gisla y Paloma paseaban por los jardines de Palacio.

—¿En qué piensas, Gisla?—preguntó la princesa, que no había dejado de observar a la abstraída dama.

—No sé lo que me sucede, Paloma. Como en un sueño, vuelvo a verme de niña y sobre los lomos de otro caballo blanco como éste. De pronto, pasa una alondra rozando los hocicos del animal y éste se espanta, se encabrita y me arroja a mí sobre la taza de una fuente, contra la cual choca mi cabeza. ¿Será verdad, Paloma, que yo de niña tenía caba-

llos como tú? Creo soñar, hermanita. En mi cabeza tengo una cicatriz y en mi brazo otra. Pero recuerdo también un rostro de mirada dulce y luenga barba, un rostro anciano y bueno que me mira y me besa. ¡Qué clara veo esa faz, Paloma! Su barba es gris, abundante su cabellera, azules sus ojos...

Y Gisla, perdida la mirada en el vacío, siguió paseando y contemplando con los ojos de la memoria el rostro apostólico y paternal que la miraba, que la besaba, que le sonreía.

* * *

Un criado presentóse ante el Juez supremo:

—Señor: los soldados a quien encomendaste la busca del poeta Gisandro, han triunfado en su empresa y se hallan aquí con él.

—¡Magnífico!—exclamó el Juez sin poder contenerse—. Que venga uno de esos hombres y que el otro conduzca al enfermo a un lugar donde se halle seguro.

Fuése el criado y pronto reapareció en compañía de uno de los astutos soldados que

con tal éxito habían realizado la difícil misión.

—Compláceme sobre manera—díjole el Juez—el celo que tanto tú como tu compañero habéis puesto en la empresa que os encomendé. El Rey premiará vuestros buenos servicios.

—Con tu gratitud, señor, y con la de nuestro Rey, nos consideramos suficientemente pagados.

—Algo más tendréis. Mas dime, ¿os fué fácil dar con Gisandro?

—Salimos de Aquisgrán sin rumbo fijo. Nos remontamos hacia Germania y como no halláramos el menor indicio del desdichado demente en aquellos parajes, descendimos hacia Italia y hacia España después. No habíamos llegado aún a los Pirineos cuando nos tropezamos a un pobre vagabundo que lloraba desconsoladamente en el borde del camino.

—¿Qué te sucede, hermano?—le pregunté.

—Que acaban de robarme todos mis bienes, los cuales, aunque escasos, eran el fruto de una larga y penosa peregrinación. Lleva-

ba en mi bolsa nueve denarios y pan y medio en mi talega.

—¿Y quién ha sido el ladrón?

—Un ser extraño que habita en una cueva y va vestido con pieles y ramas de olivo.

—¿Es un hombre anciano de luenga barba gris?

—Su barba es blanca como la nieve.

Pensé, señor Juez, que su barba con el tiempo habría encanecido y pregunté al caminante:

—¿Y dónde se halla ese desdichado?

—En la falda de una abrupta prominencia. Siguiendo este camino, se llega a ella después de caminar toda una tarde.

—Bien, buen hombre; no te aflijas, que yo te entregaré tus nueve denarios y pan del que llevaba para mí. Toma.

Y continuamos nuestro camino, señor Juez, dejando al vagabundo lleno de gratitud y de alegría. Llegamos a la falda de un abrupto monte, mas no hallamos allí vestigio del pobre loco. Como era ya de noche y estábamos fatigados, resolvimos descansar, para continuar nuestra labor al siguiente día. En una rinconada de la rocosa ladera nos

echamos con la esperanza de conciliar en seguida el sueño, mas algo inesperado lo impidió. A nuestros oídos había llegado una voz extraña. Ambos nos incorporamos y aguardamos a que la voz se repitiera. Y la voz se repitió. Era un largo lamento, un plañido conmovedor que nos movió a ponernos en pie y asomar la cabeza por encima de las rocas. La luna llena iluminaba el campo. Todo estaba envuelto en un nimbo de plata y todo reposaba en la inmovilidad más completa. El cuadro que entonces presenciamos paralizó los latidos de nuestro corazón e interrumpió nuestro alentar. Muy cerca de nosotros, sobre el suelo poblado de malezas, había un hombre arrodillado, un anciano de larga barba que refulgía bajo la plata de la luna. Aquel pobre viejo, vestido del modo más singular que puedas imaginarte, no cesaba de repetir : «¡ Berta ! ¡ Berta ! ¡ Hija mía ! ¿ Dónde estás ?». No cabía duda ; aquel era el hombre que buscábamos. Poseía la barba blanca y los ojos azules que tú nos describiste y llamaba a su hija Berta, nombre que, según tú, es el verdadero de Gisla. Salimos de nuestro refugio. El se sobresaltó y trató

de huir. Mas nosotros le tranquilizamos con dulces palabras. «No nos temas, que no te haremos daño alguno ; por el contrario, vamos a llevarte al lado de tu hija Berta.» Así logramos inspirarle confianza y que se dejara conducir por nosotros hasta Aquisgrán.

* * *

Enterado el Rey de lo acontecido, ordenó que se prodigaran toda clase de cuidados al pobre demente y que se le vistiera con ropas iguales a las que usaba cuando perdió a su hija.

Después mandó llamar a Gisla y le habló así :

—Hija mía, ya poco te falta para estar en absoluto restablecida. ¿Has pensado ya lo que debes hacer cuando esto suceda?

—Sí, magnánimo Señor. Marcharé a Roma, donde podré trabajar y vivir a gusto, ya que el espíritu de aquellas gentes es altamente cristiano.

—¿Y por qué no te quedas entre nosotros?

—No puedo, Señor. El remordimiento me corroe ; no quiero tener constantemente ante

mi vista a la persona de cuyo intento de asesinato fuí cómplice.

—Sobradamente has purgado tu error. Lágrimas de sangre has derramado y estuviste a punto de morir en Roncesvalles confundida entre mis desdichados paladines.

—De todas formas, Señor, yo no puedo aceptar tu generoso ofrecimiento. ¿Cómo voy a vivir mezclada a gentes de tan alta alcurnia como tú, yo, una abandonada del cielo, que ni siquiera conoce a sus verdaderos padres?

—¿Y si los conocieras?

—¡Si los conociera!

—Sí, si resultara que tu padre vive todavía y volvieras a reunirte con él.

—Entonces, me sometería a su autoridad y haría lo que él me ordenase.

—Bien, ahora sólo me resta hacerte una súplica.

—Una súplica tuya es para mí una orden.

—Mañana, como hoy, pasea a caballo con mi hijá por los jardines de Palacio.

—Así lo haré.

Y hecha esta promesa, retiróse Gisla dejando a Carlomagno sumamente complacido

de la conversación que con ella acababa de tener.

* * *

A la mañana siguiente, cuando accediendo a los ruegos del Emperador, Gisla paseaba a caballo por los jardines de Palacio, el Rey mandó llamar a Gisandro, el desventurado padre de la dama.

Este no tardó en comparecer acompañado del Juez supremo de la Corte.

Llevaba vestidos iguales a los que usara veinte años atrás y, así, compuesto y aseado, advertíase que también su rostro era el mismo. Tan sólo el paso de los años había encanecido, un poco más su barba y sus cabellos.

Gisandro, apenas viera a Carlomagno, arrojóse a sus pies mientras gemía ahogadamente:

—¡Mi hija, mi hija! Me han dicho que tú la tienes y quiero que me la devuelvas.

—Sí, amigo mío, te la devolveré.

—¡Mi hija, mi hija!

El anciano no atendía a las palabras de

Carlomagno ni a las frases de los demás, los cuales le invitaban a que se tranquilizase.

—¡Berta! ¿Dónde está Berta?

El Rey asió cariñosamente del brazo al pobre loco y lo condujo al jardín. Ya en él, dió orden de que se buscara a Gisla y a la princesa, advirtiendo que se la hiciera venir por el camino que se extendía frente a ellos.

Sus órdenes fueron cumplidas al pie de la letra. Por un recodo del sendero aparecieron las dos damas montadas en sus respectivos caballos. Gisla hablaba con la princesa y no reparó en que las aguardaban hasta que halláronse muy cerca de ellos.

Gisandro no había apartado los ojos de las damas desde que éstas aparecieron por el recodo del camino. Ahora, sus pupilas habíanse dilatado y su cuerpo había adquirido la inmovilidad de la piedra.

¿A quién le recordaba aquella figura que con gracia tan particular se cimbreaba sobre su caballo?

Cuando la dama estuvo tan cerca de él que de dar el caballo dos pasos más habría podido alcanzarle con la mano, el anciano abrió los

brazos y dió un grito con el que pareció que expelía toda la fuerza de su cuerpo,

—¡¡¡Berta!!!

La dama se volvió. Fué entonces cuando reparó en los que la aguardaban, mas, especialmente, en aquel anciano de barba blanca que tendíale los brazos.

Aquella faz era idéntica a la que recordaba de su época de niña. Sobrecogida, emocionada, permaneció un instante sin saber qué hacer ni qué decir.

—¡Hija mía!—dijo el anciano prorrumpiendo en sollozos de alegría.

Y entonces sí que supo Berta qué hacer. Saltó del caballo, corrió hacia su padre y se abrazó a él locamente.

* * *

Desde el amplio ventanal contempla Carlomagno la inmensidad de los jardines de su palacio.

Ve pasar al viejo Gisandro, ya recobrada la razón, y a Berta, que va asida a su brazo.

Sonríe satisfecho.

Después extiende la mirada y la pasea siguiendo la curva del horizonte,

Tiende también el brazo.

En este instante entra el Juez supremo en la estancia.

—Ven, mira, amigo mío. Todo este campo inmenso, hasta mucho más allá de aquellas montañas azules, pertenece al Imperio de los francos. Y por allí, y por allá y por este otro lado, mis dominios alcanzan distancias infinitas. ¿Crees que estoy satisfecho? Pues no. Si tiempo tuviera, el Mundo entero conquistaría. Mi espada «Joyosa» necesita mucho espacio para refulgir.

—¿Y qué nueva conquista vas a emprender ahora?

—La de los Hunos.

—Dura será la contienda.

—Mucho. La más dura de cuantas pueda haber librado. Pero aquí está mi espada «Joyosa», aquí está mi brazo invencible...

Y su mirada noble vuelve a tenderse hacia los horizontes infinitos...

VII

LOS HOMBRES FIERAS

Largo rato quedó Carlomagno en silencio. Resplandecía en sus ojos un noble furor guerrero. Noble, porque luchaba por la civilización y por la fe cristiana. Volvió a decir el Juez Supremo de la Corte:

—Dura va a ser la batalla. Los ávaros tienen tanto de fieras como de hombres. Desde que, como bandada de cuervos, cayeron sobre Europa, procedentes de las remotas regiones del Asia, no han cesado de dar muestras de su desordenada ferocidad. Sus hazañas, que comenzaron allá por el año cuatrocientos, tienen víctimas incalculables en los ligures y los hunos de Occidente. Ofrecie-

ron sus servicios años después al emperador Justiniano y éste les destinó a combatir con los esclavos y búlgaros en el bajo Danubio. También estos pueblos guardan de ellos muy triste memoria.

Más tarde, se aliaron con los lombardos y, entre unos y otros, destruyeron el reino de los gépidos. Finalmente, se han extendido por la comarca del Danubio. Sus dominios comprenden desde los Alpes al Mar Negro. Esta es la región que ahora ocupan y desde la que, con obstinada insistencia, emprenden sus viajes de saqueo por Italia y Alemania. Hasta ahora nadie ha logrado sujetarlos, aplacar sus insanos anhelos de destrucción. Viven como fieras y como fieras obran. Si es de temer el león, de temer es el ávaro para el caminante que cruce las regiones selváticas de Panonia.

Calló el Juez Supremo. Carlomagno, que continuaba contemplando impasiblemente los confines remotos del cielo y la tierra, repuso con sencillez:

—Lucharemos y venceremos a los ávaros.

—Señor—insistió el prudente Juez—, me permito recordarte que Tassilo de Baviera

se ha aliado con ellos. El duque alemán cuando pone su inteligencia al servicio de l perfidia, es de una astucia incomparable Desde que se unió en matrimonio con la hij del rey de los lombardos, la idea de exterminarte ha sido su único pensamiento. Su esposa, que te odia porque venciste a su padre le ha comunicado esta animadversión y l estimula constantemente a vengar al pueblo lombardo. Señor : no dudo, no puedo dudar de tu capacidad guerrera y del valor de tus soldados ; pero creo que una campaña tan importante no se debe emprender sin prepararse convenientemente. Tus ejércitos están ahora fatigados por las recientes campañas, han perecido tus más famosos paladines. Tú mismo te hallas aún en un estado de exaltación que no considero muy propio de quien ha de dirigir un ejército.

Volvió a callar el Juez.

—Tu prudencia, amigo mío—repuso Carlomagno—es incompatible con mi espíritu bélico. Combatiré a los ávaros y los someteré a mi jurisdicción y a la fe cristiana. ¿Que la espada *Durandal* no seguirá abriendo un camino seguro a mis ejércitos porque su dueño,

el inmortal Rolando, fué víctima, allá en Roncesvalles, de la ferocidad sarracena? Pues aquí está mi espada *Joyosa* que en su larga vida guerrera no erró un solo golpe. Si muertos Anselmo, Oliveros y Leandro, nadie se considera capaz de mandar un ejército, aquí estoy yo que sabré ser a un mismo tiempo general y soldado, rey y súbdito. Pero es mi parecer, prudente amigo, que entre los guerreros francos quedan aún corazones de buen temple y brazos de acero que no temerán a los ávaros y sabrán abatir al satánico duque de Baviera. Y para que no te quede sobre ello resto de duda, a ti mismo te encargo de que divulges la nueva entre mis tropas. Diles que vamos a luchar con los ávaros y que mañana mismo habremos de partir hacia los Alpes; que cuando el sol se halle en su cenit quiero ver reunidas a mis tropas en las llanuras de Aquisgrán; que si alguien teme a los salvajes que van a ser nuestro enemigo, que no acuda a mi llamada sin que por ello haya de temer que se le castigue, y que si alguno de los jefes no se siente con fuerzas ni valor para ocupar los puestos vacíos de Anselmo, Oliveros y Rolando para morir como

ellos si es preciso, que no formen en la vanguardia de las tropas, sino al final de ellas Estas son mis órdenes, discreto amigo. Ve : cumplirlas y no olvides que mañana, cuand promedie el día, quiero verte a mi lado frente a mi ejército.

Y otra vez tendió su mirada hacia las montañas azules, hacia los horizontes lejanos..

* * *

Centelleaba el sol en las alturas, lanzando sus caudales de plata sobre los campos infinitos.

Y cada espada era un rayo de luz y un nuevo sol cada armadura.

En la campiña de Aquisgrán todas las tropas del gran Carlos estaban formadas. No faltaba uno solo de los soldados, no dejaba de refulgir el acero de uno solo de los jefes en la vanguardia del nutrido ejército.

Apareció Carlomagno acompañado del prudente Juez.

Detúvose ante la fila que formaban los jefes, y les habló así :

—Camaradas, paladines francos: vamos a emprender la más dura batalla de nuestra vida de guerreros. Vamos tal vez a morir. El número y la ferocidad de los ávaros no me permite tener la victoria por segura. Así, pues, es muy posible que, para mantener la dignidad de nuestro pueblo, hayamos de sacrificar nuestras vidas en las inhóspitas tierras de Panonia. Yo voy a triunfar o a morir. ¿Y vosotros, soldados míos?

Destacóse un caballo de la fila de los jefes. Montábalo el duque Erico, el cual, cuadrándose ante el Rey, dijo con voz firme y noble gesto:

—Señor: no eres justo al abrigar la menor duda respecto a nuestra dignidad y nuestro valor. ¿Cuándo viste que flaqueara nuestro brazo? Todos lloramos aún la muerte de aquellos famosos héroes que imprudentemente abandonamos en Roncesvalles, todos creemos en la excepcional destreza del brazo que manejaba la espada *Durandal*; pero no por eso hemos de desconfiar de nuestro brazo ni de nuestra espada. A nadie he preguntado pero al hablar así, estoy seguro de interpretar el pensamiento de todos tus súbditos. Gran

Carlos, tus tropas no aguardan sino una voz tuya para emprender el camino de Panonia

La voz de Erico era serena. No revelaba exaltación, sino valor firme y conciencia del deber.

Carlos repuso:

—Perdonadme. Sabía de antemano lo que iba a suceder, y si obré así, sólo fué para demostrar a nuestro prudente Juez que habrá héroes francos mientras soldados haya. Erico, tú mandarás una de mis huestes y a ti te encargo de que mañana, al amanecer, todo esté preparado para emprender el camino del Danubio.

Y fuése Carlomagno conmovido por el nuevo testimonio de valor y honradez que recibiera de sus súbditos.

* * *

A la mañana siguiente, a la hora del alba, Aquisgrán era como un inmenso cuartel repleto de soldados. Volaban los jefes en sus ligeros caballos y por doquier veíase el centellear de las armas recién bruñidas.

Erico era el que más actividad desplegaba

en los preparativos. Fuerte, valeroso, infatigable, corría de un lado a otro y aquí daba una orden y allí hacía una recomendación.

Cuando asomaba el sol por los horizontes azules, ya las tropas estaban formadas y todo dispuesto para partir.

Oyóse de súbito el recio retumbar de la carrera de un corcel. Volvióse Erico. Y Carlomagno, el poderoso, el fuerte, el magnífico, apareció en las puertas de la ciudad, erguido y deslumbrante dentro de su armadura.

Saludó Erico. Saludaron los demás jefes. Carlomagno arengó brevemente a las tropas y dió la orden de marcha.

El ejército tomó el camino de Italia. Largo y penoso fué el viaje, mas al fin, una tarde, se columbraron en la lejanía los picos de los Alpes gigantescos.

Acamparon en sus abruptas laderas. Cuando las tropas hubieron recobrado las fuerzas perdidas, reanudaron la marcha. Era la parte más penosa del viaje. Había que pasar al otro lado de los ciclópeos montes. El camino era desigual, y ya había que escalar una pina cuesta de rocas, como deslizarse por la obscura profundidad de un desfiladero.

Finalmente, tuvieron ante su vista las áridas tierras de la región del Danubio. Desde los Alpes hasta el Mar Negro el suelo estaba oupado por los ávaros terribles.

Caía la tarde y Erico habló a Carlomagno de la conveniencia de dedicar toda la noche al reposo.

—Mañana, cuando el primer pájaro despierte y anuncie con su vuelo la vuelta de la luz, todo el ejército estará de nuevo formado, pero esta vez en plan de ataque. Constituirán la vanguardia las máquinas de guerra, y éstas correrán a cargo de tus soldados más distinguidos. El primer ataque lo dará una parte del ejército por el Norte, y cuando hacia allí envíe a sus tropas el rey enemigo y su aliado Tassilo de Baviera, nosotros avanzaremos en línea recta hacia la Panonia.

Carlomagno aceptó las discretas recomendaciones de su celoso paladín y una hora después los ejércitos francos reposaban en profundo sueño.

* * *

Amaneció el nuevo día. Era la hora de la

batalla... hora azul en el espacio y sonrosada en el horizonte, que tantas y tan grandes victorias recordaba a los soldados francos.

Una pequeña parte del ejército marchó por la parte Norte como se tenía dispuesto. Dos horas después el resto de las tropas emprendió el camino en línea recta.

Columbró al fin Erico la primera ciudad de la vasta región que ocupaba el enemigo. Se detuvo y dió a las tropas la voz de alto. Después, solo, la espada en una mano y las bridas en otra, picó espuelas a su ligero corcel y corrió hasta perderse de vista.

Llegó a una prominencia desde donde se vislumbraba con más detalle la ciudad y escudriñó en tal dirección con objeto de ver si los soldados que partieran dos horas antes combatían ya.

En efecto, no sólo vió que una nutrida multitud se apiñaba y se confundía en la parte Norte de la ciudad, sino que a sus oídos llegó el fragor de la lucha.

La masa que formaban los contendientes iba alejándose hacia el Norte, lo que probaba que los francos eran rechazados y retrocedían al embate arrollador del enemigo.

Había llegado el momento. Volvió a hundir sus espuelas en el vientre de su caballo y regresó al lugar donde sus tropas le aguardaban.

—Soldados de Francia : ¡ A la lid !—gritó.

Y el ejército en pleno emprendió una afanosa carrera que no cesó hasta que las máquinas de guerra halláronse a las puertas de la ciudad.

Ya allí, Erico se llevó su cuerno de marfil a los labios y produjo un clamoroso sonido que recordaba aquel otro tan conocido y temido de *Olifante*.

Los jefes de las trojas ávaras cesaron en su encarnizada lucha. Por un instante, los combatientes, como un gigantesco mecanismo que perdiera su fuerza motriz, quedaron inmóviles.

Y otra vez se llevó Erico el cuerno a los labios y otra vez el agudo sonido de guerra voló sobre el silencio del campo.

—¡ A la lid !—gritó por última vez Erico lanzándose al galope tendido de su corcel sobre los desmoralizados ávaros.

Estos repusiéronse en seguida y mientras una parte de ellos reanudaba su lucha con

los francos del Norte, otra se arrojaba fieramente contra las tropas de Erico.

El choque fué tremendo. Si a montones caían los ávaros, los francos se abatían en racimo. Ni uno solo de aquellos hombres fieros pensó un instante en retroceder. Como el toro que ciegamente acomete a la locomotora, ellos se precipitaban, pobres muñecos de carne, contra las formidables máquinas de guerra.

Así fué cómo en menos de una hora, la primera ciudad de los ávaros quedó convertida en un inmenso sepulcro.

Y así fué cómo Carlomagno pudo pasar victorioso sobre su suelo cubierto de cadáveres.

* * *

Han pasado días y semanas. Las ciudades de la región de Panonia van cayendo una a una en poder de los disciplinados y heroicos soldados de Carlos el invicto.

Ahora van a emprender la última y decisiva batalla. Cerca de donde se halla acampado el ejército cristiano, se alza la inmensa mole del palacio del rey de los ávaros.

Todas las fuerzas que restan al pueblo salvaje se aprestan a defenderlo. Sus muros son sólidos y no hay una sola ventana por donde no asome la amenaza de una máquina de guerra. Fila tras fila, los ávaros ponen al pie del palacio el mayor obstáculo a las tropas francas.

Estas aguardan tan sólo una voz de Erico para emprender el ataque.

Mas Erico no parece tener prisa.

Sereno, erguido sobre su caballo, pasa y vuelve a pasar a lo largo de la fila que forman las mortíferas máquinas y no deja detalle por examinar y corregir si es preciso.

Finalmente, la anhelada orden vuela sobre las cabezas de los héroes francos.

—¡A la lid!—grita Erico.

Y sus soldados, como un solo hombre, emprenden rauda carrera hacia la ciudad que otro. Los francos caen arrolladoramente sobre el enemigo.

Es espantoso el encuentro de un ejército y el palacio del rey forma casi por sí solo.

Espadas que vibran y refulgen, cuernos de marfil que lanzan al espacio sus largos gemidos, gritos de guerra...

El tintineo metálico de las espadas, los gritos de dolor de los heridos, las voces de odio y de venganza, es lo que llena ahora el espacio.

Los francos combaten como leones. No obstante, es tal la fuerza, la ciega ferocidad del enemigo, que éste los tiene a raya y tanto se prolonga esta situación que Erico ordena el retroceso.

No pretende con ello sino dar una tregua de reposo a sus tropas, y otra vez da la voz de ataque.

Nuevo choque. Las espadas francas siegan las cabezas enemigas. Mas los ávaros están dispuestos a luchar hasta el fin y es tal el vigor con que responden a la embestida, que otra vez Erico hace retroceder al ejército.

Ahora corre hacia el lugar desde donde el rey presencia la batalla.

—Señor—le dice—; voy a sacrificar mi vida. No sé si lograré entrar en el palacio; pero lo intentaré. Mas ten presente que si no llego, si no me ves asomar por una de aquellas altas ventanas, es que he muerto.

Y con la espada en alto y dando gritos de guerra, encauza su caballo entre las tropas

francas, primero a través de la apiñada multitud enemiga, después hacia la puerta del palacio.

—¡Seguidme! ¡Al asalto! ¡Guerra y venganza!—grita Erico al pasar entre los suyos.

Y los soldados francos le siguen en su carrera arrolladora.

Erico va delante, solo, ciego de noble ira. Su brazo no da punto de reposo a su espada. A derecha e izquierda van desplomándose los cuerpos sin vida del enemigo, que, sorprendido, maravillado de la hazaña inaudita apenas tiene tiempo de defenderse.

—¡Victoria, victoria!—ruge Erico al verse en las puertas del palacio. Y al detenerse allí y volver la cabeza, ve que sus soldados han seguido el cauce abierto por su espada.

Por primera vez, los ávaros huyen desmoralizados, poseídos de un terror supersticioso.

Erico desciende de su caballo y corre hacia la primera puerta que se ofrece a sus ojos.

Ya allí, nota que las fuerzas le faltan y se ve el pecho ensangrentado y siente un dolor punzante en la cabeza. Llévase la mano a

la frente y advierte que también ésta está cubierta de sangre.

No obstante, hace un supremo esfuerzo y continúa su camino. Llega a otra puerta y también en ésta ha de apoyarse para no caer.

Finalmente, irrumpe en la estancia que ocupan el rey de los ávaros y el duque de Baviera.

Apenas tiene fuerzas para decir :

—Vais a morir villanos.

Vibra su espada. Si su brazo desfallece, es diestro como ninguno en el manejo del arma y pronto Tassilo y el rey se desploman sin vida.

Aun corre hacia la escalera. Aün llega a la ventana más alta y, asomándose a ella, saluda con la espada a Carlomagno.

Mas cuando éste llega a la real mansión, el duque Erico ha dejado ya de existir.

VIII

ÚLTIMAS GUERRAS Y ÚLTIMOS DÍAS DEL EMPERADOR

Aun no había terminado esta guerra, cuando el papa León III, aprovechando uno de los frecuentes viajes de Carlos a Roma, ciñó a su frente la corona de Emperador.

Esto aconteció en el año ochocientos. En el ochocientos tres ponía fin a la lucha con los ávaros conquistando su último palmo de tierra y ahuyentando el último superviviente de la terrible guerra.

Casi al mismo tiempo, terminó victoriosamente con la rebeldía de los sajones y, finalmente, refrenó y venció a los daneses, que, entregándose a una desenfrenada pira-

tería, descendieron del norte de Europa con ánimo de dejar en Germania huellas de su ferocidad.

Esta fué su última guerra.

No mucho después, durante un frío invierno que, como de costumbre, pasaba en su palacio de Aquisgrán, fué atacado de unas fiebres que le obligaron a guardar cama. Padecía con frecuencia ésta enfermedad y, para combatirla, sometíase a una dieta rigurosa. Así lo hizo esta vez... pero inútilmente. Las fiebres ahora no eran sino el síntoma de otro mal mucho más terrible: la pleuresia.

Carlomagno recordó entonces ciertos misteriosos acontecimientos de que fuera protagonista en el campo de los sajones durante su última guerra. En un amanecer en que había abandonado el campamento, vió descender del cielo una extraña luz. Su caballo, deslumbrado, se espantó arrojándolo lejos de sí en una sacudida. Además, después de su regreso al palacio de Aquisgrán, oíanse en él, a altas horas de la noche, extraños sonidos. El palacio entero parecía temblar y diríase que se resquebrajaban las paredes.

¿Sería todo esto un anuncio de su muerte?

Esta es la voz de la leyenda.

Lo cierto, lo histórico es que el 28 de enero del año ochocientos catorce, a los setenta y dos de edad y cuarenta y siete de rey, Carlomagno expiró en su palacio de Aquisgrán.

¿Dolor? Infinito, hondo, unánime. El pueblo entero lloró su muerte como la de un padre querido.

Se le enterró en la suntuosa y magnífica basílica de Notre-Dame que él mismo había mandado construir y el mundo en pleno vistió de luto un día.

FIN

MUSEO PEDAGOGICO NACIONAL - BIBLIOTECA DE NIÑOS

CASA EDITORIAL ARALUCE

Colección:

PAGINAS BRILLANTES DE LA HISTORIA

I I I

Tomos publicados

Historia de las Cruzadas.
Francisco de Pizarro.
Hernán Cortés.
Isabel la Católica.
Raimundo Lulio.
Jerusalén libertada.
Juana de Arco.
Numancia.
Don Alvaro de Luna.
María Estuardo.
María Antonieta.
Almanzor.
Ali-Bey.
Séneca.
Teresa de Jesús.
Los héroes de Trafalgar.
Vasco Núñez de Balboa.
Los Incas.
Sagunto.

Cada tomo (9 lám. en color)
Pesetas 3